

LA ESTRELLA DE CHILE.

SANTIAGO, MAYO 10 DE 1874.

Abierto el sobre que llevaba el lema

“Uniólos al fin la suerte
En la misma desventura”,

correspondiente a la composicion premiada por los jueces, se ha encontrado el nombre de don Enrique del Solar.

A él, por consiguiente, se ha adjudicado el premio.

Hé aquí la novela:

LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS.

ADVERTENCIA.

Entre Anchidona i Antequera (España) hai un alto peñol que mas de una vez sirvió de vijía, desde donde moros i cristianos observaban mútuamente sus campos en las conti-nuas batallas que, durante la edad media, se libraban entre la Cruz i la Media Luna.

Célebre es ese lugar por haber sido teatro de mas de un hecho glorioso. Al pié de ese peñol don Fernando, infante de Aragon, ganó una importante batalla que reanimó a los cristianos abatidos por las turbulencias del reino, i la historia registra muchas veces su nombre, unido a la memoria de sangrientas trajedias.

Pero tal sitio no es solo famoso por hazañas guerreras; una triste i dolorosa leyenda le ha inmortalizado, i los corazones sensibles lo han regado mas de una vez con lágrimas. ¡Cuántos, al recorrer aquel agreste camino no han detenido sus pasos delante de la *Peña de los enamorados*, recordando allí el funesto término que tuvieron los amores de Zaida i de Gonzalo!

Leyenda triste como la noche, amarga como la desesperacion, la escuché una vez de niño, habiendo quedado desde entónces grabada en mi memoria.

Mas tarde, cuando el deseo de admirar los monumentos del ingenio humano, me llevó a leer las obras inmortales del jesuita Mariana, en-

contré en las doctas pájinas de su *Historia* (1) bosquejada la triste narracion que habia escuchado en mi infancia.

Para recordar dias mas felices, i con el deseo de ensayarme en un jénero que nunca habia cultivado, me puse entónces a escribir la presente leyenda, cuyo fondo es rigurosamente histórico.

Sensible me será que por culpa mia pierda esta bella tradicion su sencillo interese; sin embargo, he procurado no recargar la fábula con incidentes inútiles, ni exornaciones innecesarias.

Dicho esto, entro a contar la historia de Zaida i Gonzalo, i si el lector halla en mi narracion algunos puntos de contacto con otras novelas en que figuren moras enamoradas i cristianos cautivos, no achaque la coincidencia a esterilidad del autor, sino al argumento que elijió i del cual no podia, en lo sustancial, separarse.

I.

Bella como una hurí del paraíso era la jó-ven Zaida, en quien adoraba su anciano padre, el moro Zelim, opulento señor que poseía un magnífico palacio en los alrededores de Granada.

Zelim habia llegado a la ancianidad, i fatigado de los placeres, vivia retirado al centro del hogar. Su harem estaba desierto; las hermosas jeorjianas, las nubias de atezado color, las españolas tan bellas como altivas, no corrían ya sus encantados jardines. Desiertas estaban las cámaras de su ostentoso palacio i ya no repetía el eco las dulces confidencias del enamorado señor que, desceñido el alfanje de los combates, iba a buscar el reposo en los brazos del amor.

A los cuarenta años, Zelim habia dado un eterno adiós a las ilusiones de la vida. Desengañado, como el antiguo rei de Jerusalem, se habia dicho, recorriendo los goces de su exis-

(1) Mariana, *Historia jeneral de España*, libro XIX, capítulo XXII.

tencia:—¡Vanidad de vanidades i todo vanidad!

Desde entónces adoptó la vida austera del morabita, no permitiéndose otro placer que cuidar la juventud de su hija Zaida, que le recordaba la mas amada de sus mujeres.

Para Zaida sola eran los magníficos jardines, las fuentes arabescas, los riuiseñores que interrumpían el silencio nocturno con dulcissimas querellas, las salas decoradas con esquisito primor, los baños que hubiera envidiado la esposa de un rei, los perfumes de Arabia, las perlas de Bazora, i todas cuantas preciosidades habia reunido durante largos años el filósofo moro.

Zaida vivia feliz i cuando en la noche entonaba en su guzla dulces romances de amor i de heroismo, el amante padre se adormecía blandamente, soñando acaso en las delicias que el Profeta guarda a sus elegidos.

Pero estaba escrito: tanta dicha habia de tener su término en el instante en que Zaida sintiera en su pecho el fuego del amor.

I esta época no podia hacerse esperar.

Zaida contaba dieziseis primaveras i su corazón latia a impulsos de un sentimiento ignorado, que la halagaba a la par que la entristecía.

La virgen mora anhelaba la soledad. Una indefinible melancolía la agobiaba dulcemente. En la siesta, bajo un cenador de sus jardines, su padre la sorprendió mil veces con los párpados cerrados como si durmiera. Acercábase el anciano, besaba aquellos ojos adorados i la doncella parecia despertar estremeccida. Pero ella no dormía, cerraba solamente la vista a la tierra para saborear mejor las visiones del mundo de encantos que se desarrollaba ante su pensamiento.

¡Misterios del amor que invade repentinamente un corazón virjinal! ¡Dulces fricciones que una vez pasadas no vuelven i que nadie acierta a describir si algunos años mas tarde procura explicarlas!

II.

Zaida amaba, i el objeto de sus pasion era un hermoso cautivo castellano, a quien habia visto en los jardines de su padre.

Gonzalo, tal era su nombre, llevaba con altiva dignidad las cadenas de la esclavitud; aunque agobiado por un trabajo superior a sus fuerzas, jamas se le oyó proferir una queja; jamas el sufrimiento alteró la severa expresion de su rostro varonil.

Una sola vez se reveló aquella naturaleza noble, i fué ante el ultraje que le inferia su guarda. Habíase detenido un instante para tomar descanso, cuando hé aquí que Alí, jefe de los esclavos de Zelim, se le presenta airado, i no contento con hartarlo de injurias, mide sus espaldas con el afrentoso látigo que siempre llevaba consigo.

Sentir el golpe i arrojarse sobre su ofensor, todo fué uno para Gonzalo, i el moro habria perecido ahogado entre sus manos a no acudir en su defensa otros servidores de la casa.

Gonzalo, maniatado e inermé, fué al instante conducido a una lóbrega u a morra, para ser allí cruelmente castigado. Su suerte no podia ser mas horrorosa, i lo que mas lo atormentaba era el pensar que su amo no le quitaria la vida, temeroso de perder su rescate, cálculo mui comun entre los moros.

Dos dias llevaba el jóven cristiano de crueles tratamientos i riguroso ayuno, cuando en la noche se presentó en su prision una mujer que a primera vista le pareció, tal era su belleza, una vision de los cielos.

Sorprendido a su aspecto se incorporó i quedó por instantes contemplándola estático, hasta que, repuesto de su sorpresa, le preguntó con acento turbado:

—¿Quién eres tú que te dignas bajar a este sitio de desolacion i miseria?

Zaida, que era la que entraba, alzó el velo que medio cubria su rostro i, mirando a Gonzalo con piadosa expresion, le respondió:

—Acabo de saber tu desgracia i deseosa de aliviartela, he venido en tu busca. Tu encierro se prolongará muchos dias, pero ten confianza en mí: tu infortunio me ha conmovido i te salvaré.

—¿Qué Dios recompense tu jenerosidad, noble señora! Pero ¿cómo has podido tú, tan jóven i cuidadosamente guardada, llegar a este sitio, burlando la vijilancia de mis carceleros?

—No temas por mí, cristiano; ningún criado de mi padre se atreveria a contrariar el menor de mis caprichos. ¡Ai del que tal hiciera! no tardaria en rodar su cabeza mas tiempo que el que yo gastara en abrir mis labios para dar la órden. Aquí soi yo la soberana i todos, incluso mi padre, me obedecen. Mas de uno ha pagado con la vida el delito de haberse opuesto al mas insignificante de mis deseos.

—¡Tan bella i tan niña, dijo tristemente el cautivo, i ya la sangre ha corrido por tí!

—Ignoro, repuso Zaida, cuáles sean las costumbres de tu tierra; pero aquí los esclavos son cosas de algun ménos valer que *Rayo*, ese precioso caballo árabe que conducia a mi padre, cuando al frente de sus tropas volaba al combate contra los cristianos. Un esclavo no vale mas que su rescate, i caen en nuestro poder tantos soldados pobres que nadie daría un cequí por ellos. . . .

Una nube de dolor pasó por la frente del noble Gonzalo. Sus ojos, fijos hasta entónces en la linda mora, se bajaron a mirar las áridas lozas de la mazmorra. ¿Cómo en un sér tan bello cabian pensamientos tan atroces? Esos labios, hechos al parecer para pronunciar solamente dulces palabras de amor, podian abrirse para dictar órdenes sanguinarias, para privar de la vida en un instante de cole-

ra o hastío a un semejante suyo? I sin embargo, la vírgen mora pasaba por un modelo de virtudes entre las mujeres de su raza; nadie habia puesto en duda su piedad, i su celo relijioso era conocido de todos a la par del de su padre...

—¿Qué tienes, cristiano, que tan suspenso has quedado? preguntó la mora con inquietud, ¿he dicho algo que pueda ofenderte?

—No estrañes mi turbacion, bellísima Zaida, pero tus palabras me causan mal; mas sienta a la hermosa i tierna vírgen el consolar al desgraciado, que el ordenar con frio o impasible desdeñ el castigo o la muerte de un hombre. Te escucho i no creo lo que me dices.

—¿Cómo! murmuró Zaida sorprendida.

—Perdona si te ofendi, pero tú, criada en una relijion que mira a los otros pueblos como mies destinada al alfanje, que se impone a los hombres por el terror i que apenas vislumbra lo que es el amor espiritualista i puro, no es extraño que mires con tanto desprecio la vida de un pobre esclavo. Entre los cristianos pasan las cosas de mui distinta manera. Nuestra relijion nos impone el deber de amarlos los unos a los otros i no verter sangre, sino en legítima defensa. En el hombre mas infeliz vemos un hermano, cuya existencia nos es sagrada i el que la arrebatada a otro no tiene mas nombre que el de fratricida.

—Estrañas cosas me dices, cautivo.

—Los hombres formamos una sola familia, cuyo padre es Dios. El alma, ese principio noble que nos alienta i vivifica, es un soplo del labio divino. ¡Infeliz del que, sin justa causa, lo apaga!

Una lágrima, pura i diáfana como el rocío de la aurora, se desprendió de los párpados de Zaida. La hija de Zelim estaba conmovida.

—Ignoro, dijo entónces, si es verdad lo que me dices i si vosotros comprendéis mejor que los hijos del Profeta, lo que es el bien i la virtud; pero tus ideas tienden a ennoblecer la humanidad i mi corazón no las rechaza.

—¿Con cuánto gozo te escucho, Zaida! Lo que acabo de oírte me revela que en tu alma penetra un rayo de la verdadera luz. ¡Quieran Dios i la Virjen sin mançilla, su augusta madre, abrir tus ojos cegados por el error, i purificar tu alma oscurecida por la supersticion

—Tente, cristiano, i no me hables mas, porque tus palabras ejercen sobre mí una estraña fascinacion. Hija de un hombre, cuyas virtudes todos veneran, no quiero dudar de las creencias en que nací... Pero el tiempo corre i es fuerza que te deje. Ya suena en el jardín el primer canto de las aves i presto los esclavos dejarán el lecho. Te diré en breves palabras porque he venido.

Supe la noble causa de tus infortunios i el rigoroso castigo a que te han condenado, i he venido solo a aliviar tus padecimientos en esa

cesta que ves ahí (i le mostró una que habia dejado a la entrada de la cueva) encontrarás manjares que te devuelvan las fuerzas. Yo vendré a verte todas las noches i renovaré tus provisiones, en tanto que procuro tu libertad. ¡Qué Alá te guarde!

—¡El verdadero Dios sea contigo, noble hija de Zelim!...

Iba a continuar el cautivo en la expresion de su gratitud, pero la vírgen mora habia desaparecido, como el encanto de un sueño, i apenas se dibujaban a lo léjos sus formas aéreas al resplandor de la linterna con que iluminaba su camino por entre las oscuras galerías del sótano.

III.

¿Qué habia llevado a Zaida a la prision del cautivo?

Algo mas que la compasion natural en una alma bien puesta hacia el infortunio honrado que soporta con resignacion i entereza los rigores de la suerte contraria.

El esclavo castellano, a quien ella habia visto afrontar con serenidad i sin orgullo las duras pruebas de la esclavitud, la conmovió desde el primer momento. Creyéndolo un sér superior por estirpe a lo que aparecia por la pobreza de su traje, nunca pasó a su lado sin dirigirle una mirada de compasion, i aun gustaba de hallarlo en los jardines a las horas del trabajo, porque aquel hombre ejercia sobre ella una atraccion indefinible.

Lo vió injuriado por un verdugo tan cruel como soez; vió su noble coraje en la defensa i la mirada fiera con que insultaba a los que a la fuerza lo maniataron; supo su castigo, i desde ese instante se propuso ser para él una amiga, una hermana, que minorara con su compañía i oportunos socorros lo áspero de su suerte.

Esa era la situacion de Zaida cuando por primera vez bajó al zótano donde estaba aprisionado Gonzalo. Aquella noche aguardó a que todos durmieran en el palacio de Zelim, i hurtando las llaves de la mazmorra al guarda de los esclavos, a quien habia adormecido con un frasco de generoso vino, pretrechada de una linterna i el cesto de provisiones, se dirigió sin temor de ser sorprendida a consolar al jeneroso prisionero.

Aquí ocurrirá naturalmente una duda al lector versado en las costumbres de los moros. ¿Cómo era, se preguntará, que el mayordomo del austero Zelim se entregaba así a la embriaguez, siendo que el Koran prohibe tan estrechamente el uso del vino a los sectarios del Profeta?

Vamos a resolverla en dos palabras: los moros bebian licores, tanto como los cristianos, bien que trataban de ocultarlo para no aparecer como refractarios de la lei ante los estranjeros i los sectarios fanáticos. Ademas, el vino

no escaseaba en casa de Zaida, pues su padre, como un opulento señor que era, solía, alguna que otra vez, alojar en su casa caballeros españoles a quienes prodigaba espléndidamente su generosa hospitalidad.

Así, nada extraño parecerá que el mayordomo de aquella casa empuñara el codo en la ocasión, i ménos aun que Zaida, en cuyo poder se hallaba todo, llegara a proporcionarse el prodijioso zumo que tan necesario le era.

La niña pudo, pues, departir a solas i descansadamente con su valiente protegido, sin temor de una sorpresa, i prolongar su entrevista hasta las primeras luces de la alborada; pero lo que no pudo fué abandonar la prision con la tranquilidad de alma con que había entrado.

Las palabras de Gonzalo, razones nunca oídas por ella hasta aquel instante, su modesta dignidad, el fuego de sus ojos i su varonil hermosura, que resaltaba sobre el grosero i desgarrado traje que lo cubría, habían hecho en su alma una poderosa impresion.

Turbada i triste se arrojó en su lecho en busca del sueño que huía de sus párpados. La imájen del cautivo no se borraba de su mente; el eco simpático de su voz resonaba incesante en sus oídos, como las notas de un cántico arrobador. Quería no ver ni oír, pero era en vano: el recuerdo, ese espejo misterioso que refleja al alma toda imájen, no debía abandonarla jamas.

Ya el sol entraba por los ajimeces de su estancia i trinaban dulcemente los pajarillos que en otros días la despertaban con sus gorjeos, cuando ella pudo dormir algo; pero aquel no era sueño, era un dulce desvanecimiento que levemente aprisionaba sus sentidos; el pensamiento i el corazon velaban todavía....

IV.

Tres horas iban corridas desde que el ascético Zelim había hecho la oracion de la mañana i practicado en una fuente de alabastro las abluciones purificadoras que ordena el Koran, ceremonias que en aquella casa no se omitian jamas por el devoto dueño; cuando estrañando éste que su hija no hubiera aun abandonado el lecho, se dirigió cuidadoso a su aposento.

Rara vez penetraba el viejo en aquel casto santuario, donde todo respiraba pureza i encanto. Su presencia allí era una novedad para los esclavos, que indicaba, o una enfermedad de Zaida o alguna otra ocurrencia estraordinaria.

—Zora, dijo Zelim a una esclava negra, que hacia labor en la antecámara, entra al dormitorio de mi hija i averigua si está enferma, pues me estraña que aun no se haya levantado.

—Tu hija, señor, respondió la esclava prosternándose, goza de perfecta salud, únicamente que anoche se sintió acometida de desvelo

i ha querido prolongar las horas de su reposo.

Interrumpido este diálogo la presencia de Zaida, quien adelantándose hácia el anciano, le presentó su pura frente, que él besó murmurando una cariñosa bendicion.

—¿Qué es esto, luz del día, dijo el bondadoso viejo, que no te hallé a mi lado en mi paseo matutino? Las flores palidecian con tu ausencia i aquel ameno sitio parecia ocupado por la soledad i la tristeza.

—¿Tan tarde es? murmuró Zaida como por decir algo.

—Asómate a la ventana, i el sol, esa luz que Alá nos envía diariamente en prenda de sus bondades, te dirá que has robado a la mañana algunas horas que pudiste emplear en bendecirlo.

—Verdad es, repuso Zaida, pero solo a la madrugada llegó a cerrar mis ojos el ángel del reposo.

—Pero estás pálida, hija mia, acaso sufres algo....

—No, padre mio; pero quién sabe si las breves horas que dormí no fueron tranquilas; acaso algun ensueño tenaz turbó mi descanso.

—Los sueños, dijo gravemente el moro, son mas de una vez avisos de lo alto. Procura siempre guardar la paz de tu alma i tus sueños serán dulces como las venturas que el Profeta tiene prometidas a los buenos creyentes.

La doncella se estremeció. Toda la historia de la noche anterior se presentó de nuevo a su alma i dejó escapar de sus labios una sonrisa línguida, que apénas podia encubrir su turbacion.

Sin embargo, Zelim no se apercebió de ella, i abandonó a su hija en manos de las esclavas, que en aquel momento se presentaban en la estancia con todas aquellas prendas que constituian el ostentoso tocado de su jóven ama.

V.

Zaida se dejó tocar con la indiferente negligencia de la mujer en ciertas ocasiones de la vida, en que no es el primero de sus negocios el ornato de su persona.

Las esclavas le arreglaban el pelo, mientras ella pensaba en el cautivo. Gonzalo con sus teorías la dominaba, la atraía a sí; siendo un mísero esclavo, era el pensamiento de la hija de su orgulloso dueño.

Hai en la vida instantes en que se apodera del corazon una melancolía profunda. La soledad es entónces el único amigo que agrada, el solo compañero cuyo trato buscamos.

Parece que a solas todos los objetos se transforman, para responder a nuestro pensamiento, i la naturaleza tiene voces i rumores llenos de misterio i poesía que hablan al alma soñadora del objeto que la preocupa.

La vez primera que el amor golpea a las puertas de un corazon virjinal trae consigo ese dulce arrobó, éxtasis embriagador que lo

lleva sin saber cómo de la alegría a la tristeza, de la esperanza al desaliento.

Es que el porvenir abre entónces un mundo nuevo, poblado de májicas visiones, cuyo esplendor seduce a la inocencia. Querriase entónces tener alas para volar por aquellos espacios infinitos, matizados con los cambiantes de una aurora primaveral; querriase salir del espacio estrecho en que el alma se siente aprisionada; pero ¡ah! estos vuelos ideales se abaten mui presto, la impotencia nos ahoga, la realidad nos detiene con su mano de fierro i es fuerza reconocer que hai un limite, un mas mas allá que el hombre no alcanza a franquear.

Esta es la primera tristeza de la vírjen enamorada. Con el amor deja de ser el ángel que volaba libre, para convertirse en la mujer, hija del dolor i del sacrificio; caen las primeras lágrimas sobre su seno; comienza su martirio, i el objeto de esa pasion naciente adquiere a sus ojos una aureola que ántes no tenia.

Ella ha llorado por él, ha sentido una ansiedad sin nombre por un mortal que ayer no mas le era indiferente, i cada lágrima, cada prueba, le hace mas precioso a sus ojos.

Lo que no fué acaso mas que un capricho pasajero, se convierte en pasion profunda, en adoracion estática, en deseo voraz e inestinguible de un algo que se anhela sin conocerlo....

Tal era la situacion de la mora, quien, en cuanto le fué posible, despidió a sus esclavas para quedarse a solas con su pensamiento i meditar sobre las ocurrencias de la noche anterior.

—¿Amaré yo a ese cristiano? se preguntaba con candor. ¡Imposible! pero, ¿qué tenaz desvario se ha apoderado de mí? ¿Por qué su memoria me persigue i sus palabras hallan en mí un eco tan poderoso? Quisiera olvidarlo i no puedo.... Sin embargo, media entre ámbos tan inmensa distancia.... Yo, la hija del poderoso Zelim, a quien respetan los mas altos capitanes, cuyo consejo buscan todos en la paz i en la guerra i cuyo nombre es repetido con veneracion donde quiera que hai un creyente; yo, cuyo amor codician tantos caballeros nobles i valientes, ¿he de fijar mis ojos en un vil esclavo, a quien puedo anonadar con solo una mirada?... ¡Desvario! ¡locura!

Pero la majestad de su semblante, la arrogancia de su alma, la libertad con que me ha hablado, ¿no están diciendo acaso que Gonzalo no es un cautivo vulgar? Puede ser un noble caballero, señor de villas i aldeas, a quien los suyos han creído muerto en los campos de batalla, i cuyo rescate nadie se empeña en procurar.

Estos cristianos, segun lo he oído a mi padre, ocultan muchas veces su jerarquía elevada para comprar su libertad a ménos costa. Talvez se halle Gonzalo en este caso.

¡Nuevo desvario! Gonzalo es lo que parece i

yo sabré obrar conforme a mi dignidad. No lo veré mas, no lo hablaré: esto es lo que me toca hacer.

VI.

Preocupada la hija de Zelim con semejante pensamiento, pasó el dia en una terrible lucha, en la que alternativamente ya salia vencedora, ya quedaba vencida por la violencia de sus afectos.

Momentaneamente triunfaba el orgullo para ser derrotado un instante despues por un sentimiento que la mora llamaba compasion i que realmente no era sino un amor ardiente e inestinguible.

Así taascurió el dia, pasó la tarde, i cuando la luna enviaba sus primeros reflejos desde lo alto de la montaña, halló a Zaida pensativa i solitaria bajo las risueñas enramadas del jardín paterno.

Hubiérasela tomado por el ángel de la tristeza, si en sus ojos no brillara el extraño fuego de la pasion, si su respiracion broncea i entrecortada no revelara la lucha interna de que era presa.

Sus ojos se fijaban en la luna, en los árboles, en las grutas maravillosas, en los preciosos jarrones de alabastro que decoraban el magnífico jardín; i donde quiera que veia una sombra, se le antojaba ver la pálida e imponente figura del cristiano que desvelaba su pensamiento.

Odio i amor, orgullo i piedad, se disputaban el imperio de aquella alma atormentada, i ninguna de estas pasiones alcanzaba la palma del triunfo.

Invocaba como último recurso el fanatismo ardiente de su secta, media el abismo que la diversidad de fé ponía entre ella i Gonzalo i se creía fuerte para vencer; mas el recuerdo de lo que le habia oído sobre su relijion, la preocupaba penosamente, llegando al fin a confesarse que en cuanto le habia dicho el cautivo no habia nada contrario a los principios de la razon i de la justicia.

Anhelaba i tenia la hora del silencio en que debía volver al zótano, i cada instante que pasaba acrecia su excitacion.

Sintiéndose al fin débil para la lucha, i no queriendo tampoco abandonar al hombre que tanto la preocupaba, tomó la resolucion de no verlo aquella noche i enviarle sus socorros con Zora, su esclava de confianza, cuya discrecion tenia mui experimentada.

A todo evento, i por prevenir cualquier suceso desfavorable a sus miras, pensaba regalar aquella noche otro frasco de vino al mayordomo de la casa i guardian de los esclavos, recurso májico de que echó mano algunas horas mas tarde, i que en adelante siguió usando cada vez que llegó a convenirle.

ENRIQUE DEL SOLAR.

(Continuará.)

LA ESTRELLA DE CHILE.

SANTIAGO, MAYO 17 DE 1874.

LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS.

(Continuacion.)

VII.

Acercábase la hora decisiva.

Ya estaba Zaida en su dormitorio, recostada en su lecho, a cuyos bordes, puesta de rodillas, permanecía en silencio la fiel Zora, hermosa africana, cuyos ojos brillaban como el lucero en una noche oscura, i cuyos atezados brazos adornaban brazaletes de un precio fabuloso.

La estancia estaba silenciosa, no habiendo allí otra luz que la que despedía un cirio rosado, puesto sobre un magnífico candelero de oro.

Por los muebles veíanse esparcidas las prendas de ropa de que Zaida se acababa de despojar, i la pieza denotaba ese encantador desorden del gabinete de una joven elegante i fastuosa, donde no penetra nunca ningún profano.

De repente, Zaida se incorporó, i dirijiéndose a su fiel nubia, le dijo:

—¿Duermes, Zora?

—Nó, Sultana, velaba, aguardando a que me despidieras, para entregarme al sueño.

—Hoi velarás mas que de costumbre, mi buena amiga, repuso la joven, tengo que hacer un encargo que a nadie fiaría sino a tí.

—¿Sabes que mi vida es tuya! manda i te obedeceré.

—¿Conoces a Gonzalo, ese cristiano que está encerrado en los zótanos de mi padre?

—Sí que lo conozco, i aun me estremezco de pensar en la mísera existencia que arrastra, desde el día en que lo condujeron a ese horrible sitio.

—Eres compasiva.

—¿I cómo no serlo? Nosotros, los esclavos, que a cada instante tenemos la vida pendiente del capricho de nuestro señor, no podemos ver con indiferencia los males que agobian a un hermano nuestro. Hoi le ha tocado a él la desgracia ¡quién sabe quién le seguirá mañana!

—¡Ingrata! ¿Tan mal trato recibes de mí?

—Tu mano me ha colmado de favores; pero ¿es tan dulce ser libre!

—¿Tanto lo deseas?

—Pregúntale a ese ruisñor, cuyo canto te embelesa, si trocaría la jaula de oro en que está aprisionado, por el espacio i la luz del bosque nativo, i si te respondiera que nó, tendrás derecho para extrañar mi deseo. Pero con todo, esclava o libre, yo no podría separarme de tí jamas.

—Conozco tu afecto, mi fiel Zora, i presto tendrás tu recompensa. Serás libre en breve i continuarás viviendo a mi lado. Pero antes de eso, es preciso que me escuches i cumplas mis órdenes.

Toma esa cesta i llévala al calabozo de Gonzalo, procura informarte de su estado i advertirme de cuanto necesite, para mejorar su suerte en lo posible. No temas por tu seguridad, pues nadie te hallará al paso; aquí tienes las llaves del zótano i una linterna para que te guíe.

Tembló Zora ante la arriesgada comision que le daba su ama; pero el afecto que la tenia pudo mas que su miedo, i despues de asegurarla de su lealtad, la dejó, llevándose consigo lo que le habia indicado.

VIII.

Apénas habia partido la esclava, cuando Zaida se sintió arrepentida de no haber seguido los impulsos de su corazon, i a ser posible en el orgullo que la dominaba, habria sentido celos de la humilde nubia.

Como en la entrevista entre Zora i Gonzalo no ocurrió nada de interesante para el lector, la pasaremos por alto. El cautivo recibió con lágrimas de gratitud las provisiones que le enviaban, aunque en el fondo de su alma no pudo ménos que deplorar el cambio ocurrido en la persona que se las traía.

Como el lector comprenderá, este cambio fué mas penoso todavía para la hija de Zelim, cuya alma no vivía sino en el calabozo del joven español.

Volvió la esclava trayendo los agradeci-

mientos del que era objeto de tan peligrosos cuidados, i después de dar cuenta de su comision, se retiró a dormir tranquilamente, cosa que no pudo conseguir su alta señora.

Reptióse esta escena la segunda noche, pero no así la tercera, en que Zaida, vencida por la pasión, no quiso que otra que ella visitara al objeto de sus ansias.

Dejémosla sola en medio de las tinieblas, que apenas aclara el débil reflejo de su linterna, encaminarse confusa i sobresaltada al calabozo del cautivo; i adelantándonos a ella, penetremos nosotros en aquel lugar de horror, que ha escuchado los gemidos de tantas víctimas.

IX.

Aquel día, paseando Zelim por las avenidas de arroyanos que daban entrada a su jardín, se encontró con Ali, su mayordomo, el mismo que tan a mal traer habia dejado el valeroso Gonzalo.

Inclinóse Ali, al paso de su señor, conforme a la usansa musulmana, i avanzó en seguida para hablarle.

—Tres días van, generoso emir, dijo el soldado moro, a que la espada de tu justicia se detiene sobre la frente del cautivo rebelde que se atrevió a ultrajar al mas fiel de tus servidores.

—Es verdad, observó pausadamente el morabita, i creo muy del caso castigar su insolencia, prolongando por un mes su penoso encierro. Grave fué su culpa i es forzoso que la espie.

—Dices bien, señor, pero ¿te parece que un atentado de esa especie, está suficientemente castigado con un mes de reclusion, gastando entre tanto tu pan inútilmente en alimentar ese perro, que si no sirve mayormente para el trabajo, sirve para lanzar mordiscos e introducir la insubordinacion entre los demas esclavos?

—Eres cruel, Ali.

—Soy celoso de tu bien.

—No será la venganza en vez del celo por mis intereses lo que te anima en esta ocasion?

—Alá me es testigo de que mil veces he perdonado a ese arrogante español, i que su última insolencia no es mas que el resultado de mi lenidad en castigarlo.

—Obraste mal, Ali, en no correjirlo a tiempo. El destino ha fijado a cada cual su marcha por la tierra, i el que nació a mandar debe saber dominar a los otros; si es tuya la culpa ¿de qué, pues, te quejas?

—Fui imprudente, no lo niego, señor, en ser piadoso con ese cristiano, pero aun a peligro de excitar tu enojo, debo decirte que aun esta vez lo hubiera perdonado, a no ser las blasfemias que vierte en la prision contra nuestro Profeta i nuestras ceremonias religiosas....

Ali conocia demasiado el fanatismo de su amo, a quien solo se podia irritar hiriendo esta cuerda tan sensible de su corazon; así es que, al oír sus últimas palabras, el rostro de Zelim se oscureció, i fijando en Ali una mirada que le hizo estremecer, exclamó con voz de trueno:

—¿Cómo es eso Ali? ¿dices verdad? ¡Ai de tí si me engañas!

—Tuya es mi vida, señor, i puedes tomarla; pero fáltenme después de la muerte las venturas del Paraíso si en cuanto te he dicho hai una sola palabra que no sea verdad.

—I bien, ¿qué decia ese hombre?

—Ayer no mas, cuando fuí a llevarle el alimento diario, me preguntó por tí: respondíle que estúbais en la fuente de las purificacion, haciendo la ablucion que ordena el Profeta a sus hijos; burlóse de ello con sangriento sarcasmo, i después de decir, entre mil otras blasfemias, de esas que ellos usan, que nuestro Profeta era un embaucador i el Koran un tejido de embustes,— dile a tu amo, añadió, que si en vez de labar las manos i los piés, labara su corazon de las manchas que lo afean, entónces seria verdaderamente virtuoso: que deje esas prácticas risibles i que si engaña al mundo con hipócritas apariencias, yo sé para mí que sus virtudes son tan nulas como falsa la religion que profesa. Esto es lo que le he oído i castígueme Alá si miento.

—Pues juro por mi barba, miserable esclavo, que espíarás el atrevimiento. Sea desde hoy mas riguroso su encierro, disminúyete el alimento i si esto se repite, no será yo quien tarde en hacerlo pagar con la vida.

Internóse Zelim en el bosquecillo, lleno su corazon de enconados afectos contra el osado que así se espesaba contra las creencias del Islan, i jurando nuevamente por su barba i la barba del Profeta Mahoma obligar a sus cautivos a abrazar su religion, a fin de impedir que se repitieran en su casa semejantes desórdenes.

Por lo que hace a Ali, se postró en tierra vueltos los ojos hácia el oriente i así en actitud de orar, aguardó a que su amo desapareciese. Luego que lo perdió de vista se levantó i fro-tándose las manos con repugnante placer, se dirigió apresurado a la cueva de Gonzalo.

X.

La escena que allí pasó, a ser referida en todos sus detalles, daria una idea de la repugnante crueldad con que los moros trataban a los cristianos i de la que nos han dejado tristes descripciones Cervantes, que fué una de sus víctimas, i muchos historiadores españoles, que tuvieron ocasion de oírlos de boca de los infelices que las habian sufrido.

—¡Hola! cautivo, dijo Ali al entrar en la mazmorra, prepárate a ser juguete de mis caprichos i a beber trago a trago el cáliz de mi

vinganza. El preferido de Alá, el invencible i poderoso Zelim acaba de poner en mis manos tu suerte. Hasta hoy has probado la justicia de mi señor i en adelante aprenderás lo que es la venganza de un moro.

—En mi país, contestó Gonzalo, los caballeros se vengan noblemente, lidiando cuerpo a cuerpo, esponiendo su vida por lavar una mancha a la hora; aquí veo que se usa de distinta manera; vosotros, raza cobarde i corrompida, no sabéis rechazar un ultraje cual se usa entre jente bien nacida; tan solo sabéis poner el pié sobre el caído e insultar al que no puede defenderse.

—¿Te atreves a provocarme todavía?

—Ya lo ves.

—Estás en mis manos encadenado e inerme.

—Si estuviera armado no me insultarías.

—Eres arrogante, cristiano.

—I tú, un miserable.

—Eres un vil esclavo a quien puedo perder con una sola palabra.

—Es verdad, pero así prisionado i en tus manos, tengo lo que tú no tienes, ni tendrás jamás, miserable reptil que te arrastras a las plantas de tu señor.

—¿Qué es eso?

—Un alma para despreciar tus amenazas, un corazón sereno para humillar tu cólera.

—Bah, bah, bravatas de vencido!

—Puedes reír cuanto quieras, pero tú, Alí, no eres mas que un esclavo de tu amo, mientras yo tengo un alma libre, que no se doblega ni al halago, ni a las amenazas, i que, afianzada en una energía que tú no conocerás nunca, os desafía a tu amo i a tí, a que la dobleguen.

—Veremos si te muestras tan valiente cuando caiga sobre tí el peso de mi venganza.

—Serías capaz de maltratarme, viéndome atado!

—Ya lo verás.

—Pues comienza, dijo Gonzalo, clavando en Alí una mirada de león, eres el verdugo i yo la víctima. La hazaña será digna de tí.

Furioso el moro descargó una feroz bofetada en la mejilla de Gonzalo, que súbito se tiñó con la púrpura de la ira, revelándose el corazón del valeroso mancebo ante el ultraje que recibía. Tras esto, siguió una horrible lucha entre el cautivo casi maniatado i el miserable que lo hería a mansalva.

Ruido de golpes, imprecaciones de coraje, alardes de una alegría nauseabunda despertaban los ecos de aquel subterráneo, teatro donde se habían representado mil escenas semejantes.

El éxito no era dudoso: Alí recojió el laurel de su innoble victoria, dejando al cautivo prostrado i débil de cuerpo; pero satisfecha el alma, pues sabía que su vil vencedor llevaba consigo el desprecio i la vergüenza que siempre acompaña a los cobardes.

Pálido i agobiado por la desigual lucha que acaba de sostener, quedó el triste Gonzalo meditando en el horror de su suerte.

Una lágrima ardiente, como la nostalgia que lo devoraba, surcó sus pálidas mejillas. Sin esperanza ya de verse algun día libre de sus cadenas, visitaba con el pensamiento los sitios que vió en su infancia i recordaba con pena la paz de su hogar i los sueños de gloria que lo habian lanzado a la arena de los combates.

No hai dolor que se iguale al que nos causa, en los dias del infortunio, el recuerdo de la felicidad perdida, ha dicho un gran poeta. Gonzalo conocia demasiado esa verdad i contemplando su amargo destino, veia que la única ventura que podia esperar era la muerte.

Felizmente para él, no habia dejado en su suelo natal las memorias de un amor correspondido. Joven, casi niño, se lanzó al combate, ardiendo en esa sed de fama, glorioso anhelo de la jeneracion de héroes a que pertenecia; i luchando dia a dia, apénas si la noche le daba el tiempo preciso para restaurar sus miembros fatigados. Al encuentro de hoy seguia el de mañana; ayer defendiendo un castillo atacado por la morisma, hoy de avanzada explorando los movimientos del enemigo; mañana peleando cuerpo a cuerpo en una batalla campal: esa era su vida. Comunicativo con sus camaradas i enconado contra el enemigo jurado de su patria; tan prodigo del dinero, como avaro de la honra: leal a su bandera, ardiente en la pelea, jeneroso con el vencido i caritativo con el pobre, Gonzalo era el tipo del guerrero cristiano.

Su misma prision tuvo por causa uno de esos actos heróicos, que ennoblecen la profesion de las armas. Gonzalo estaba victorioso, pero el deseo de salvar a un compañero herido, lo apartó de los suyos, i habiendo errado el camino, cayó en poder de los moros, que lo llevaron a Anchidona i de allí a Granada, donde fué vendido al fanático Alí.

Por estos pasos habia llegado a estado tan miserable, i la memoria honrosa de haber servido con lealtad a su Dios i a su patria, era el único bálsamo que apaciguaba sus dolores.

Por otra parte, Gonzalo pertenecia a una jeneracion rica de fé, habia tenido una madre que sembró en su corazón la semilla vivificante de la creencia, i los nobles sentimientos que hacian en aquellos tiempos un héroe de cada soldado de la Cruz.

Algo mas instruido que los caballeros de su tiempo, conocia a fondo la escritura santa i habia leído muchos manuscritos latinos, que era lo que entónces constituia el resumen de los conocimientos que se podian adquirir.

Su vida, desde que estaba en el subterráneo de Zelim era, como es de imaginárselo, triste i monótona: sus pensamientos volaban a su patria, su presente estaba cifrado en agradecer

su compasion a la jóven Zaida, i si se volvía al porvenir, era para orar por su madre, que acaso habria ya muerto de pena por su ausencia, i pedir a Dios, como un milagro que no se atrevia a esperar, le volviese algun día patria i familia.

El alimento que Zora le habia dejado la noche anterior sobraba para saciar su hambre, i gracias a este oportuno cuanto inesperado socorro, se habia evitado el mas horrible de los tormentos a que lo condenaba la vengativa saña de Alí.

Oculto en un hueco de la muralla quedaba la cesta de provisiones, i merced a esta precaucion no habia sido descubierta del suspicaz guardian, que en tal caso redoblaría su vijilancia, con gran perjuicio del encarcelado.

En un extremo de la cueva halló Gonzalo una cruz pequeña, toscamente labrada por algun piadoso cautivo, que acaso lo habia precedido en el camino del martirio; i delante de aquel signo santo pasaba orando la mayor parte del día.

Esta era su vida desde que entró en la prision, ésta la que esperaba pasar en sus reducidas paredes, a no ser que alguna circunstancia imprevista la hiciera todavía mas intole- rable.

Por lo que hace a la impresion que Zaida pudiera haber hecho en su corazon, aunque el cautivo se interrogó mas de una vez sobre ella en su soledad, no alcanzó, sin embargo, a definirla. No se atrevia a dar albergue en su alma a una pasion que podia serle fatal, i se contentaba con mirar a la hechicera hija del moro como uno de esos ángeles que Dios envia a las prisiones para confortar el alma de los que no desmayan i saben esperar contra toda humana esperanza.

Una zozobra, empero, lo traía inquieto. ¿No vería ya mas en su prision a la gentil doncella? ¿Vendría en lugar suyo la esclava? ¿Cesaría al fin de venir esta última?

Pensamiento era éste que lo sumerjía en un desconuelo profundo. El habria querido ver otra vez mas a su linda protectora, espresarle su gratitud, descifrar, teniéndola presente, las dudas que se le ofrecían sobre el sentimiento que le profesaba.

Aquella noche debía verla, segun sabe el lector, pues dejamos a la enamorada mora en camino de la mazmorra.

Ya está a su puerta i su presencia arranca un grito de júbilo al cautivo, que besa sus manos en muestra de respetuosa gratitud.

XIII.

Tembló Zaida al recibir aquel ardoroso beso, que infiltraba en su alma un veneno desconocido.

Miró al cautivo con una emocion profunda, i, sintiéndose vacilar, tuvo necesidad de sentarse en el banquillo que aquél ocupaba.

—Muy fuerte debe ser la compasion que me inspiras, dijo Zaida al cristiano, cuando vengo a verte, desafiando tantos peligros. Sin duda que estaba escrito el que yo habia de sentir por tí este algo desconocido que turba mi corazon. Vengo, cristiano, a pedirte lo que me has robado, la calma i la paz en que vivia.

Confuso Gonzalo con tal discurso, no sabia qué responder. La franqueza de la mora lo anonadaba i temia salvar los limites del respeto, respondiendo a semejantes palabras conforme a los sentimientos de su corazon.

—Ignoro, señora, contestó entónces, con acento trémulo, cómo puedo haberos robado la tranquilidad. Si la compasion que os inspira puede haceros desgraciada, deploraré eternamente el haber sido causa de vuestra inquietud.

—No es eso, respondió vivamente i como picada en su orgullo. No me desvela el amor, sino el espectáculo de tus sufrimientos.... A mas, la primera noche que nos vimos, tu boca profirió delante de mí teorías que no habia oído. No ha mucho, mi padre indignado me decia que eras un blasfemo i yo, apesar mio, no he podido creerle. Niña ignorante, no he aprendido a rebatir tus ideas i por eso ellas se han infiltrado en mi alma como un veneno devorador. Tú, que segun dicen, has estudiado los filósofos antiguos, te prevales de tu ciencia para ofuscarme i perderme.... Dime, Gonzalo, ¿no sería eso pagar mis beneficios con la ingratitud mas negra?

Como el lector comprenderá, Zaida queria disipar con estas quejas el efecto de sus primeras palabras.

—Infame sería yo a haber obrado como dices, contestó Gonzalo; pero si mis palabras han tocado tu alma, bendice al Dios verdadero que te condujo a la prision del miserable esclavo para que oyeras la palabra de verdad.

—Basta, Gonzalo....

—No, señora, bendecidle una i mil veces, porque apesar de lo que decias la otra noche, Dios te hizo compasiva i jenerosa. La Caridad te trajo de la mano a la prision del cautivo, para que éste mostrara a tus ojos la verdadera luz. Si hubieras mirado indiferente sus penas i cerrado el oído a sus lamentos, vivirías tranquila en el error. No temas; esa agitacion que te perturba es el camino por donde marchas a la única paz que podemos ambicionar en la tierra.

—Tú sabes, Gonzalo, que a nosotros nos está prohibido investigar la razon de lo que creemos. Uno de nuestros héroes hizo quemar una gran biblioteca que encerraba toda la sabiduria de los tiempos pasados; porque la única ciencia se halla guardada en el libro santo del Profeta, i lo que está conforme a ella es digno del fuego por inútil, como por pernicioso lo que la contradice.

—I, sin embargo, hoy vacilas, encantadora Zaida.

—Así es, Gonzalo, i ese mal te lo debo a tí. Yo quiero morir creyendo lo que mis padres han creído.

—Nada tiene este cautivo para mostrarte su agradecimiento, sino la posesion de la verdad, que es el mayor tesoro de la tierra, i he de participarlo contigo, aun a tu pesar, a no ser que deje de alumbrarme la luz de tus ojos i no te dignes visitar mas al desgraciado prisionero.

Zaida cruzó los brazos i dejó caer la cabeza como quien se resigna. Gonzalo seguía hablando con el fuego del apóstol i desarrollaba con espléndida lucidez, ante la turbada doncella, los principales dogmas del cristianismo.

La mora se sentía cautivada con aquel relato, i no osaba desplegar los labios. No sabía si obraba bien o mal en oírle, pero estaba pendiente de cada una de las palabras que brotaban de aquellos labios inspirados.

El dogma de la redencion fué lo que mas la conmovió, la relacion de los padecimientos del Hombre-Dios, su martirio sublime i el amor infinito que profesa a la humanidad, la hicieron derramar lágrimas tan puras como las que vertieron los ángeles sobre el Gólgota en el día del gran sacrificio. Bella como el lucero de la mañana apareció a su alma atónita la figura de María; i la tierna devocion del cautivo penetraba, a su pesar, en su alma candorosa.

Oía, i oía sin recordar que el tiempo corre i que podían ser sorprendidos. Su alma no estaba rendida, pero vacilaba en la fé de sus padres a medida que se desplegaba a su ojos la magnífica esposicion del cristianismo.

—¡Ai! exclamó Zaida, interrumpiéndole, ¡si fuera verdad lo que me dices! Pero nó; distinto es nuestro camino, siga cada cual el suyo, que el paraiso ha de ser al fin de los buenos. Adios, Gonzalo, hasta mañana. Te escucharé, pero no seguiré tus doctrinas.

—Contento quedará con que me oigas, Zaida. Tu alma generosa no puede pertenecer a otro que a Cristo. Vé en paz i piensa en lo que hemos hablado.

Gonzalo lanzó una mirada de amorosa indulgencia sobre su linda discípula, que se despidió estrechándole la mano con nervioso arrebato.

XIII.

Aquella noche fué fatal para ámbos jóvenes, pues en ella comprendieron que se habia fijado la suerte de su vida.

Las palabras de amor que faltaron en la entrevista, fueron compensadas, con creces, por las ardientes miradas con que se comunicaban sus almas.

Así, bajo las sombrías bóvedas de una horrosa prision, unia el amor a la altiva hija

de un padre rico i poderoso con uno de los seres mas desgraciados de la tierra.

Solo ya Gonzalo i puesta la mano sobre su corazon, juró, ante Dios i ante la cruz, que jamas abusaria del predominio que sobre la jóven ejercia.—Si alguna vez, decia, logro mi libertad, huiré con Zaida i ella será mi esposa. Pero nó, es un desvario imaginarlo.... ¡Dios mio, si fuera cierto!

En ese instante necesitaba orar; pero ¿qué oracion acudiría mas fácilmente a los labios i al corazon del cautivo que aquel salmo divino en que Israel lloraba la ausencia de su patria?

Esa era la oracion de Gonzalo que, mas de una vez en el día, cantaba sus melancólicos versículos.

Puesto de rodillas el jóven español comenzó a entonar el siguiente himno:

Sentados a la orilla
Del Babilonio rio,
Sion, al recordarte
Lloramos i jermimos:
Del sauce melancólico,
Que borda los caminos,
La cítara ya muda
Colgamos, i los himnos
Sagrados de la patria
Dejamos en olvido.

Al vernos congojados,
Los crueles enemigos
Que a la rejion estraña
Trajéronnos cautivos,
—“Ea, entonad, dijeron,
Los cánticos festivos
De Sion!”—i llorosos
Nosotros respondimos:
—“¿Cómo entonar al borde
Del extranjero rio
Del Dios de nuestros padres
El cántico divino?—
¡Jerusalem! si acaso
Te diera yo al olvido,
¡Me olvide de mí diestra,
Me olvide de mí mismo!...”

Sollozos, que se escapaban de su pecho, no dejaron a Gonzalo concluir de cantar el himno de los proscritos de Israel. Aquella melodía hablaba en esos momentos mas fuertemente que nunca al cautivo que ansiaba su libertad, no ya solo por él, sino tambien por la jóven mora, a quien queria llevar a tierra de cristianos, para hacerla su esposa.

Escusado es observar que ni él ni Zaida durmieron: sin duda sus suspiros, cruzándose en el espacio, se comunicaron mutuamente sus ansias.

ENRIQUE DEL SOLAR.

(Continuará.)

LA ESTRELLA DE CHILE.

SANTIAGO, MAYO 24 DE 1874.

LOS CHISMES I LA HISTORIA.

"Toda buena crítica histórica descansa sobre dos fundamentos: los testimonios i la verosimilitud."

TRINIS.

ADVERTENCIA.

Después de escrito este artículo, hemos caído en cuenta de que versando todo él sobre la revolución de 1829, "la mas grande después de la de la independencia," debíamos decir algo, aunque someramente, sobre el estado del país al tener lugar aquel acontecimiento que tanto ha influido en la suerte de nuestra patria.

Pero, no estando seguros de hacer con acierto estas apreciaciones i teniendo alargar este escrito, acudiremos a unas pocas palabras que decíamos en el número 5 de *La Estrella de Chile* a propósito de aquellas épocas:

"En cuanto a nosotros, recordamos aquella época, sin reticencia, como la mas feliz de nuestra vida. Vivíamos en perpétua excitación por la frecuencia de sucesos variados e interesantes, aunque no felices para Chile.

"Nuestra primera diligencia entónces era, al salir de nuestra casa, dirijirnos a la plaza a *saber noticias*, i pocas veces perdíamos nuestro viaje; pues, cuando no había novedad en Santiago, las provincias se encargaban de suplir esta falta. ¡Qué época aquella!!"

Algunos apreciables amigos nos han puesto en un tácito compromiso con los lectores de nuestros *Recuerdos de treinta años*. Ellos han llevado su amabilidad hasta anunciar por la prensa que nos ocupábamos en compaginar algunos artículos que debían formar la "Segunda parte" de aquella publicacion.

Nos hallamos, pues, en el caso de no ser descorteses, i hemos emprendido este *trabajo*, que para otros sería un juguete.

El material para este objeto era poco abundante, i, a fin de formar un pequeño volumen, nos hemos visto en la necesidad de ocurrir a las vejez que conservamos en nuestra memoria,

o a los escritos de personas respetables que nos recuerdan hechos antiguos, que hemos presenciado o sabido en el momento en que tenían lugar.

Pero, como estos hechos los sabemos en muchos casos de distinto modo del que son referidos en esos escritos, nos hemos tomado la libertad de rectificar, (no encontramos otra palabra para espresarnos), algunos de ellos.

Entre las publicaciones a que nos referimos, se encuentra una *Memoria* escrita por el señor don Federico Errázuriz, actual Presidente de la República, que emprendió este trabajo por encargo del señor Rector de la Universidad, dejando a la eleccion del escritor el tema de ese trabajo.

El autor tituló esta obra:

CHILE BAJO EL IMPERIO DE LA CONSTITUCION
DE 1828.

Este libro nos fué obsequiado, a solicitud nuestra, por un deudo inmediato del señor Errázuriz.

Desde sus primeras páginas notamos cierta parcialidad, no solo en las apreciaciones, sino tambien en el modo de referir los sucesos. Las repetidas manifestaciones de odio al partido pelucon i de tierno cariño al partido pipiolo, atendidas las circunstancias del autor, nos parecieron, por lo ménos, inverosímiles por su excesiva exajeracion.

Sea de esto lo que fuere, lo que ahora hemos hecho no ha sido mas que dar mayor estension a los apuntes que entónces hicimos al májren del libro de que ahora se trata, no por defender al partido pelucon, al que no pertenecemos *ni podíamos pertenecer*, sino en obsequio de la justicia.

Por espacio de treinta años formamos de último soldado en las filas liberales, no tanto a título de liberales, sino a título de *opositores*; porque, por instinto i aun ántes de haber leído a *Chateaubriand*, practicábamos su máxima: "La razon del mas fuerte me ha hecho ponerme siempre de parte del mas débil, porque no puedo soportar el orgullo de la victoria."

En cuanto a nuestra veracidad, de que hemos recibido mas de un testimonio, permítan-

Había un secreto
De sangre i dolor!

El misterioso máscara, en seguida,
A don Pedro Arechúa se acercó
I una palabra ronca, solo oída
Por él a sus oídos murmuró.

Quedó como un cadáver, sin aliento,
Sin palabras, clavado en su sitial
El infeliz don Pedro, que al momento
Reconoció el incógnito antifaz.

El eco vengativo de su esposa
En sus venas la sangre conjeló;
I su mirada fiera i borrascosa
Como un pañal a su alma penetró.

Los vapores del vino de su frente
Disiparse sintió; sueño fatal
Le pareció esa voz que de repente
Junto a su oreja murmuró al pasar

El recuerdo fatal de un juramento,
De una promesa que olvidó despues,
Que fué de un triste amor precio sangriento
Ofrecido a los piés de una mujer!

Le pareció un ensueño delirante
Esa voz, ese jesto, esa actitud,
I esa mirada torva, palpitante,
En él clavada con siniestra luz!

El infeliz había derrochado,
Envuelto en los vapores del licor,
Un gran caudal. . . . bebía el desgraciado
Para olvidar su mengua i su dolor!

Buscaba en las botellas el olvido
De aquella atroz promesa criminal,
I sin fuerzas, cobarde, arrepentido,
Era juguete vil del bien i el mal.

Era triste, trístisima su vida:
Sin enerjía para obrar el bien,
Ni para dar la sangre prometida,
Huía de sí mismo i su mujer! . . .

A una señal de su implacable esposa
Como una vaga sombra la siguió:
Como una vaga sombra temerosa
Que de una oscura tumba apareció!

—“¿Lo ves? ¿lo ves? ¿conoces a ese hombre? . . .
¿A ese malvado que a tu lado está?
Un día tú me preguntaste un nombre:
Dime ¿ese nombre lo olvidaste ya?

“Responde: esa promesa consagrada
Sobre el solemne altar con nuestra union,
¿Cobarde! ¿para tí no importa nada?
¿Cobarde! ¿ya tu pecho la olvidó?

“Mira a don Juan, a mi ofensor . . . Sentado
Estaba hace un momento junto a tí . . .
Toma tu acero i hiere . . . hombre menguado.
Alguna vez sé hombre! hiere al vil!”—

Dijo, i se retiró a un rincón oscuro
De la estancia, i allí quedó de pié:
Parecía un fantástico conjuro
Clavado como un lienzo en la pared.

—“Gocemos, gocemos! . . .
La vida es gozar!
Las carnes-tolendas
Del año que empieza
Celebre entusiasta
La villa imperial!”—

—“Hiere! volvió a decir—hiere, cobarde!”
Pero don Pedro a herir no se atrevió . . .
¡Ai! su arrepentimiento llegó tarde;
Tarde su juramento le pesó!

No se atrevió a clavar el firme acero
A su enemigo, i exclamó—“¡Perdon!
Magdalena, perdon!”—

—“Por tí el postrero
Que tienes que implorar pídelo a Dios!

“Aprende a herir, cobarde! Así se hiere . . .
Si no sabes matar, sabrás morir!
Quien se conduce vil, como vil muere . . .
Digno es de infame vida infame fin!”—

Arrebató su acero al desgraciado,
Que sin darse razon se lo entregó;
Con él le atravesó de uno a otro lado
El pecho, i parte a parte el corazon!

VII.

Bañado en su sangre i herido de muerte
Don Pedro Arechúa sin vida cayó:
La máscara negra quitó su careta,
I todos los ojos clavados en ella,
¡Magdalena Tellez! la turba gritó.

¡Magdalena Tellez! con trémulo espanto,
Huyendo de prisa, murmuró don Juan:
La dama mirólo con leve sonrisa
De inmenso desprecio, de insulto terrible,
I léjos, mui léjos, tiró su puñal.

Diez dias mas tarde rodó la cabeza
De la desgraciada matrona viril:
Mostróla a la turba postrada el verdugo;
I envuelto en su luto, bañado de lágrimas,
Con duelo infinito la vió Potosí!

C. WALKER MARTINEZ.

LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS.

(Continuacion.)

XIV.

Pasaron los dias, pasaron las noches i con
la sucesion del tiempo iban haciéndose mas
íntimas e interesantes las confidencias de

aqueellos dos seres que el Creador parecia haber formado el uno para el otro.

Aquel sótano horrible, morada ántes de desolacion, se habia transformado al influjo del amor en un paraíso donde dos almas alentaban dulcemente olvidadas del mundo que existia mas allá de aquellas paredes.

Dulce es así abstraerse i reconcentrarse en sí mismos cuando la felicidad sonríe i el corazón embebecido en el néctar de una copa encantada, cuenta sus latidos por otros tantos movimientos de afectos, sin temer el mal que vela i acecha de mui cerca una ventura que debe ser, por desgracia, demasiado pasajera.

Sueños aéreos, visiones que vuelan por el espacio, señalando su camino con un reguero de embriagadores aromas, luz que nada empaña, movimiento, expansion i vida, dulces delirios i esperanzas doradas; hé aquí lo que se ve i lo que se siente en situacion semejante; i en medio de este Eden, que forjó la fantasía, hai un ser adorado que sobre todo refleja su hermosura, que todo lo baña de un encanto sin nombre.

¿Qué importa el infortunio que puede venir?

El corazón lo olvida, i, si lo preve, se siente capaz de desafiario: comprende el sacrificio i el heroísmo i en su abnegacion llegaria hasta el martirio, última prueba de las grandes pasiones. Dichosos dias en que el alma no calcula sino que siente, en que la vida se funde en otra vida, la mirada se pierde en otra mirada, donde lee la embriaguez de un delirio sublime.

Los que en la tierra hallan al paso la mujer de sus sueños i por un camino que otros se ocuparon en sembrar de flores, la conducen al altar donde Dios i el mundo deben poner el sello a su dicha, podrán amar mucho, pero nunca comprenderán la adoracion que tributa el que ama en la desgracia, el que se ensangrienta el pié en cada paso que avanza hácia el cumplimiento de sus deseos, que ve el porvenir sembrado de nubes, ignorando acaso cuál puede ser el término de la carrera.

El amor que nace en el llanto i en el sacrificio es como la amistad probada en la desgracia; es un lazo que la muerte puede cortar, pero que la eternidad anuda en la otra ribera de la vida.

Díganlo Zaida i Gonzalo, cuyas almas se unieron bajo los muros de una cárcel i que no deben separarse jamas, ni aquí ni mas allá.

La mora, guiada por su amante en el camino de la verdad, no tardó en abrir los ojos a la luz superior que la Providencia le mostraba. Ardiente, como las hijas de su raza, acorrió con avidez una religion que tan bien respondia a las necesidades i aspiraciones de su generoso corazón, i se sintió ennoblecida al recibir una fé que eleva al hombre, a quien creia ántes juguete de un fatalismo ciego.

Pero ¡ah! ¿le era tan duro abandonar las

creencias de su cuna! Su padre ¿qué diria de ella? ¿Cuál seria su desesperacion, al saber que su hija habia abandonado la religion de sus mayores i que el hogar de un musulman tan austero iba a ser testigo de una apostasia? ¿Qué escándalo en su morada! ¿cómo reirian de la desgracia del morabita, aquellos a quienes reprimia con su conducta, siempre modelada en los principios i observancias de su secta!

Lágrimas mui amargas le costaban esas reflexiones, cuando en la noche las comunicaba a su amante

—No temas, le decia éste con melancólico acento, la paz, que es el legado mas precioso que nos dejó Dios, descenderá sobre tu pecho acongojado. ¿Quién sabe si no eres tú un instrumento de que se vale la Providencia para llevar a tu padre al verdadero camino?

Zaida sonreia penosamente; conocia demasiado a Zelin para esperar, ni por un instante, que abandonara sus errores.

—Por lo que te sacrificio comprenderás, Gonzalo, la intensidad de mi amor—le respondia entónces, i su feliz amante estrechaba calorosamente sus manos.

—Pobre niña nacida en el fausto i la abundancia, dijo un dia Gonzalo, ¿por qué no puedes darte lo que abandonas por mí?

—El fausto i las riquezas de la morada paterna me son ya enojosos, mi adorado cautivo; solo me hallo bien en este sitio desolado que animas con tu presencia i donde mi alma conoció la verdad i mi corazón ha latido de amor por vez primera.

—¡Ah! tambien habré de abandonar la cueva i entónces nuestras entrevistas se harán mas difíciles cada dia.

—Eso déjalo a mi cuidado. ¿No he venido yo hasta aquí? Pues del mismo modo me abriré paso para ir donde quiera que vayas.

—¿I despues?

—Despues, replicó llena de fé la animosa Zaida, despues, el mundo es grande i no nos faltará un lugar donde albergar nuestro amor.

—¿Cuánto te amo! respondió enajenado Gonzalo. Es preciso que esto termine, urge preparar pronto nuestra fuga. En Granada hai muchos otros cautivos, valientes todos i decididos. Una vez fuera de aquí, buscaré un compañero que me ausilie en la empresa i, con el favor de Dios, no tardaremos en ganar tierra de cristianos, donde libres i dichosos podremos amarnos sin recelo.

—Llegue presto ese dia.

—Sí, mi Zaida, llegue mui presto, que siempre demorará demasiado para mis ansias.

—Yo tambien, pese a mi ternura filial, ansio por llegar a esa tierra feliz, donde la mujer es honrada i el hombre le consagra todo su afecto. Aquí, tú i yo somos esclavos, allá sonreiré para los dos un porvenir lleno de encanto. Cuando recorro mis habitaciones, donde el lujo hacinó todos sus primores, me digo

con tristeza ¿qué vale todo esto, si aquí vivo prisionera? Una cabaña al borde de tu patrio río i tú en ella, amándome a mí sola, hé ahí el mundo por el que suspiro. Vénganos allá la desgracia, no importa; sobra en nuestras almas esfuerzo para dominarla!

—Sí, i al pisar esa tierra suspirada, mi primer cuidado será hacer caer sobre tu frente las aguas rejuvenecedoras del bautismo; entonces te estrecharé contra mi pecho, palpitante, besaré tu frente pura como la de los ángeles, lleno de orgullo te llamaré mi esposa, i cuando me vean envidiarnos mi ventura.

—¡Bello porvenir!

—Sí, muy bello, porque la esposa cristiana no es la esclava que suspira por las caricias de su dueño i languidece como una flor exótica entre las otras hermosuras del harem. La esposa cristiana es la compañera, la amiga única de nuestra vida. Para ella es todo el respeto, todo el amor que puede guardar el corazón de un hombre. No vive temblando, los ultrajes del tiempo que cubre de nieve los cabellos i surca el rostro de penosas arrugas. Puede deshojarse en ella la flor de una belleza perecedera, pero es tan amada con la venerable diadema de una ancianidad virtuosa, como con las albas flores de su corona de desposada.

Así amamos allá, mi dulce dueño, así serás amada tú en el hogar que he de levantarte.

Zaida lloraba, i lloraba de felicidad.

—Oyeme, proseguía Gonzalo; no te ocultaré que esa dicha está muy distante i que nos aguardan todavía muchas pruebas. Pero ¿qué no haremos por llegar a ella?

—Tú sabes que estoy dispuesta a seguirte donde quiera que vayas. Tu patria será mi patria i tus altares los míos. . . . ¿Tengo acaso voluntad? Toda te la rindo; dispon de mí como quieras.

—Tu amor, bella Zaida, ha sido en mis desgracias lo que el rocío sobre la flor agostada. Si algún día la gloria i la ventura llegasen a encontrarme ¿para quién las querría sino para tí?

Otras veces la conversacion jiraba sobre las memorias que Gonzalo guardaba de su hogar.

—A la orilla del Tajo, decía el cautivo, se levanta una antigua casa solariega, sobre cuyo umbral está esculpido el escudo de mis mayores. Si la muerte no la ha desolado, todas las tardes una anciana venerable, acompañada de dos jóvenes lindas i puras como el capullo de una rosa, traspasarán esos dinteles i todas juntas se dirigirán a orar por mí en la poética hermita de María, que se oculta en el bosquecillo cercano. Esas son mi madre i mis dos hermanas. A estas últimas las dejé casi niñas la vez postrera que marché al combate. Lloraban i abrazaban mis rodillas para que no partiese i sus gritos me traspasaban el corazón. Mi madre sola, ella que sufría por todos, ahogaba sus suspiros i contenía las lá-

grimas que de los ojos volvian al corazón. Yo me arrojé a sus plantas i ella estendió sus manos para bendecirme.—“Gonzalo, me dijo entonces, no te detengas, hijo mío; sé valiente i piadoso; acuérdate que el noble debe su sangre a su Dios i a su rei. Tu padre i tus abuelos la vertieron en defensa de la cruz i tú, el heredero de su nombre, no serás ménos que ellos.”—Aquí su voz ahogada por la emoción, le impidió continuar; besé la mano que me tendía i, desprendiéndome de mis hermanitas, cabalgué en mi corcel, cubierto de acero, que se alejó como ganoso de hollar la ardiente arena de los combates. ¡Si volveré a ver a mi madre! . . .

—Confianza, Gonzalo ¿por qué te ha de negar Dios esa gracia?

—¡Oh! entonces, una vez libre, llamaré contigo a las puertas de ese hogar i diré a mi madre:—Aquí estoy; si no fui dichoso en la guerra, he padecido mucho por la causa de mi Dios. Llorabas perdido un hijo, pero la suerte te devuelve dos, que serán uno para amarte. Los brazos de la noble señora se abrirán para estrecharnos; te sentarán a la mesa de la familia, serás para todos objeto de ardiente cariño i la expansion de nuestro mútuo júbilo borrará en un instante largos años de padecer.

—¿I no temes que mi orjén moro me haga despreciable a los ojos de los tuyos?

—Desecha esa idea. Nosotros no hemos aprendido a despreciar tu raza, que ha dado al mundo héroes que honrarán el nombre español. Al que se sienta en nuestro hogar jamas se le ha preguntado su patria, cuando sus virtudes le dan derecho a la amistad de sus dueños. Por otra parte, el bautismo te hará nuestra hermana; te debo la vida i por este favor solo, los míos te servirán de rodillas.

XV.

Tales eran los sueños i las ilusiones que embellecían aquella prision. De la media noche a la aurora, sus muros encerraban la felicidad. De la aurora a la noche siguiente, otras voces despertaban los ecos de la bóveda. Eran las imprecaciones de Alí que se gozaba en atormentar a Gonzalo, a quien diariamente alijia con los mas duros tratamientos.

Lo que mas daba que rabiar al miserable guardian, era que apesar de la escasez de los alimentos que daba al prisionero, éste lejos de debilitarse parecía mas robusto que antes de su reclusion. No acertando a explicarse el enigma, juraba i maldecía, sobre todo cuando Gonzalo, para acrecentar su rabia, cosa que solia divertirle, le aseguraba haber comido tal o cual vianda que el moro había visto condimentar en las cocinas de su señor.

A haber sido ménos aficionado a hollar los preceptos del Profeta, Alí no hubiera tardado en explicarse la robustez de su víctima; pero

amaba demasiado el frasco de vino que Zaida le proporcionaba todas las tardes, para ponerse a averiguar el motivo de tan estraña liberalidad. Sin meterse en mas honduras, bebia el rico néctar i se encerraba en su habitacion a fin de no ser sorprendido por su amo; i achacando a sus años i dolencias la prolongacion de su sueño, se permitia no dejar el lecho hasta mui entrado el dia.

Aquí vendria mui a pelo una disertacion sobre la embriaguez, sobre todo en la época presente, en que tanto aumentan los abusos del licor, apesar de cuanto escriben i predicán médicos i sacerdotes. El autor, sin embargo, hace gracia de ella a sus lectores, por no fastidiarlos, i porque, acaso, aunque agotara toda su elocuencia, no lograria corregir un solo bebedor.

Si al mayordomo de un santón tan austero i observante como Zelim, no lo corrigió el precepto de absoluta prohibicion que encierra el Koran, ¿qué se podrá esperar de los modernos Alí, aunque sean miembros de una sociedad de temperancia?

Decídalo el lector.

Por lo que hace al cautivo, ni una sola vez habló a Zaida de los ultrajes que le inferia su carcelero.

¿A qué aflijirla con la relacion de males que ella no podia remediar, sin esponerse a cometer alguna imprudencia que comprometiese el éxito de sus amores?

Mas valia, pues, resignarse i aguardar mejores dias.

Gonzalo no solo calló lo que padecia, sino que aun hizo concebir a la candorosa Zaida que el trato de Alí iba humanizándose, merced a la humildad con que él lo trataba. Esta inocente mentira produjo el efecto de tranquilizar algun tanto a la pobre niña, que harto sufría con la separacion forzada de su amante que le imponia la suerte.

XVI.

Habiase terminado el mes de prision que la severa justicia de Zelim tenia determinado para castigar las insolencias i blasfemias del perro cristiano, como él lo llamaba.

Iba, pues, a volver a la vida diaria del trabajo incesante i a esponerse de nuevo a los ultrajes que su guardian le prodigaba.

Por una parte Gonzalo celebraba este cambio, pues le proporcionaba ocasion de hacer algo para preparar su fuga, lo que le era imposible hacer desde su prision; por la otra, veía con pena que era preciso decir adios por algun tiempo a las dulces i misteriosas citas de la noche, a los gratos coloquios i amantes trasportes que entretenian sus vijilias.

Fácil le habria sido provocar otra escena semejante a la que lo llevó a la prision, pero entónces ¿a quién encomendar el negocio de su fuga?

A Zaida la tenia inhibida de tomar en él parte alguna, pues temia su inesperecia i la imprudente confianza con que las mujeres se lanzan, sin reparar en los obstáculos, a la ejecucion de un proyecto que las halaga.

El, únicamente él, debía llevar a cabo la empresa; i en esta conviccion, sus pensamientos se fijaron en ella desde el primer momento en que pudo, merced a Zaida, contar con los recursos de dinero, que le eran precisos para realizarla.

Dolorosa fué la despedida en la última noche que pasó encerrado. A Zaida le parecia que no debían verse mas i derramaba abundantes lágrimas sobre el pecho de su amante, que la confortaba con enérgicas i animosas frases.

—Nuestro amor, le decia, nació entre el lento, ¿qué es para nosotros un sacrificio mas? Ahora, lo que me resta recomendarte es la prudencia. Ni una sola palabra, ni un jesto que pueda vendernos. Si hablas dormida, no permitas en tu aposento ni a Zora misma. Si estás triste, muéstrate alegre delante de los demas; sofoca, si es posible, los latidos de tu corazón.

—Por tí, respondió ella, no hai sacrificio que me parezca duro. Seguiré fielmente tus instrucciones, i no tendrás que quejarte de que falto a la obediencia que debo al que desde este instante consideraré como mi esposo.

—Gracias, luz de mi vida, recojo esa palabra que tantas veces ha salido de mis labios. Nosotros los cristianos acostumbramos dar a nuestras desposadas un anillo, en prenda de union. Ni aun esa joya poseo, querida Zaida; pero en cambio te daré otra que estimo en mas. Toma esta medalla que tiene grabada la imájen de la Madre de Dios. Mi madre me la dió al partir, recibela tú como el único regalo que puedo hacerte en mi pobreza.

Gonzalo colgó del cuello de su amada el bendito talisman, único objeto que le recordaba su patria i sus creencias.

—Pues yo juro, dijo Zaida, por la alta señora, cuya es esta efígie, que seré tuya hasta la muerte, júrame también por ella, que si algun dia me olvidares, en su nombre te pediré cuenta de la fé que acabas de empeñarme.

—Tuyo hasta la muerte, dijo el cautivo. Poco rato despues se separaban, aflijido el corazón, pero lleno de fé en la divina protectora a quien habian tomado por testigo de sus amores.

XVII.

Una vida nueva habia comenzado para Zaida i Gonzalo.

Vida austera, como el sacrificio, i mas dolorosa que la ausencia, i que torturaba a los dos amantes con un suplicio semejante al de Tántalo.

Se veían mui cerca i no podían hablarse; temiendo a cada instante traicionarse a sí mismos, ahogaban, como habia dicho Gonzalo,

los suspiros de su corazón i aun los movimientos internos del alma.

Como es de suponer, la tierna, la enamorada Zaida, era la que mas padecía en esta lucha asoladora.

Su tez palidecía; i el brillo fosfórico de su mirada le daba un aspecto febril.

Por fortuna, Zelim no se apercebia del cambio ocurrido en su hija. Ocupado en sus prácticas devotas i en el estudio de los filósofos i poetas de su secta, aunque amaba con delirio a aquel encantador pedazo de su alma, pensaba que su Zaida era siempre la paloma cándida, que encerrada en estrecho recinto, vive contenta con el grano que diariamente le presenta su dueño, sin ansiar tender sus alas hácia el azul de los cielos.

Zelim, por otra parte, era fatalista como todo buen musulman i dejaba marchar las cosas en manos del destino, seguro de que todo lo que sucede en la tierra está escrito por un hado implacable, sin que el libre albedrío humano represente un papel activo en el curso de los sucesos.

Sus relaciones con su hija se reducían a cortas pláticas con ella, en que a su modo le explicaba las nociones del mal i del bien i la instruía en lo que llamaremos, perdonémosenos la espresion, que acaso no es la mas exacta, la mitología arábiga.

Estas conversaciones eran interrumpidas por bondadosas caricias i terminaban siempre con la bendicion paterna i alguna plegaria en que el anciano imploraba a los jeníos del bien para que velaran sobre aquel sér tan querido a su corazón.

Zaida poco hablaba con él, limitándose a escucharlo; así es que no habia entre padre e hija ese cambio de ideas que revela a la ancianidad espermentada los secretos que pretende ocultarle la juventud.

Tal era la situacion de los personajes principales de nuestro relato. Por lo que hace a Ali, no tenia otra ocupacion que la de oprimir a Gonzalo i demas esclavos, i lamentarse a solas, de que sin saber cómo ni por qué, su jentil señora no lo obscuraba ya al venir la noche con el consabido frasco del zumo que tan fatal fué al patriarca Noé.

ENRIQUE DEL SOLAR.

EL PADRE ALONSO DE OVALLE. (I)

(1601 — 1651.)

(Conclusion.)

Congruente con el fin que se propuso, el padre Ovalle dividió su obra en ocho libros, para abrazar en ellos todas las materias que sirven para dar a la Europa un exacto i detallado conocimiento de Chile.

(1) En el anterior artículo se notan dos errores que conviene corregir. En la páj. 510, eol. 2.ª, lins. 21 i 22, dice "formando," léase "uniformando." En la misma páj.,

En cada uno de esos libros se encuentran variadas noticias i apreciables datos que talvez no consigna ninguna otra crónica i que la historia aprovechará algun día.

Los dos primeros tienen por objeto la naturaleza física del territorio, dividido éste en tres secciones, a saber, Chile propio i continental, las provincias de Cuyo i las islas.

El autor describe el aspecto del terreno, enumera sus producciones i califica sus propiedades; habla de la cordillera de los Andes, de los volcanes, rios, lagos i fuentes; individualiza los tipos mas notables de los reinos vegetal i animal, dando su correspondiente cabida a las principales sustancias de la minería; consagra algunas pájinas al aspecto del cielo, a la particularizacion del clima, a las estaciones, a los fenómenos meteorológicos, etc.

Muchas de las noticias que se dan en estos dos primeros libros son tomadas del celebre cronista Antonio de Herrera, del *Mapa* de frai Gregorio de Leon, de Garcilazo, de algunas relaciones escritas por estranjeros, como las de Juan i Teodoro de Bry i de otros autores; todo lo cual advierte Ovalle, citando la obra de donde ha sacado los datos i haciendo algunas veces oportunas observaciones críticas en honor de la exactitud i de la historia.

Acaso la parte mas notable de estos dos libros primeros es la relativa a la famosa cordillera de los Andes. Es tambien la mas orijinal, porque el autor habla en ella como testigo de vista, ya que ha atravesado mas de una vez la grande extension de esas altísimas sierras. eol. 1.ª, lin. 31, se dice que don Francisco Nuñez de Pineda i Bascuñan, escribió su *Gudiverio Feliz* "en la segunda mitad del siglo XVI," debiendo decir "en la segunda mitad del siglo XVII."

Ya que hacemos esta última advertencia, no hallamos impropio, ni fuera de tiempo, publicar una noticia del referido maestro de campo, que creemos enteramente ignorada. Hasta aquí se habia tenido por último dato relativo a Bascuñan el nombramiento de gobernador de Valdivia que le envió la audiencia de Lima en 1674. Así lo afirma el señor Barros Arana en la introduccion crítico-biográfica que precede al *Gudiverio Feliz*. Pero estamos en posesion de una noticia posterior a ese empleo i a ese año. Es que Bascuñan murió en el Perú vendiendo a ejercer un cargo de corregidor con el del virrei habia premiado sus largos i jenerosos servicios a la causa de Castilla. Su muerte debió verificarse a fines de 1681 o a principios de 1682, mas probablemente en este último.

Tomamos esta noticia de una informacion que en junio de 1682 rindió el capitán don Juan de Astorga i Oreta por el sargento mayor don Fernando de Pineda Bascuñan, su cuñado e hijo primojénito del maestro de campo jeneral don Francisco Nuñez de Pineda i Bascuñan i de doña Francisca de Coa, legítima esposa del maestro de campo. Dicha informacion tenia por objeto probar el derecho preferente del referido don Fernando a una encomienda que su padre poseía en el pueblo de Colimbo, en el obispado de Concepcion. Cuatro testigos que se presentaron declararon bajo de juramento que era público i notorio que el maestro de campo jeneral don Francisco Bascuñan habia muerto, como queda dicho, en el Perú, en un viaje que hizo a recibirse del correjimiento que el virrei le habia concedido en premio de sus aventajados servicios; que los testigos mismos habian asistido a las exequias que se celebraron en su honor en Santiago; i que aun los deudos i dependencia del maestro de campo cargaban luto en esa fecha. (13 de junio de 1682.)—Este documento existe en el archivo del Ministerio del Interior, estante núm. 4, cajon núm. 2, legajo rotulado *Memoriales antiguos i mercedes de tierras*.

LA ESTRELLA DE CHILE.

SANTIAGO, MAYO 31 DE 1874.

LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS.

(Continuacion.)

XVIII.

Apesar de lo dicho, la incomunicacion de los amantes no era tan estrecha, que alguna vez no hubiesen cruzado una que otra palabra o trasmitidos sus impresiones i deseos por medio de billetes escritos en caractéres arábigos, pues Gonzalo hablaba i escribía primorosamente este delicado i pintoresco idioma.

En varias ocasiones el español habia visto caer a su lado saquitos que contenian monedas i joyas de gran precio i que él enterraba cuidadosamente en un sitio oculto, guardándolas como medio de procurarse la libertad.

Cuando por acaso se le daba alguna comision fuera del palacio de su señor, aprovechaba el tiempo para hablar con un mozo aragonés llamado Rojer, cautivo como él, i como él valiente i discreto.

Entrámbos concertaron un plan de fuga, que debia ejecutarse en la siguiente luna, aprovechando la oportunidad de una fiesta religiosa, cuya espectacion tenia de tiempo atrás alborotados a los moros de Granada. La ocasion era propicia, i por lo tanto, la fuga no debia demorarse un instante mas.

Con el dinero de Zaida, Rojer debia adquirir secretamente dos magníficos caballos árabes, armas i las provisiones indispensables para el viaje que iban a emprender.

Gonzalo, apesar de la confianza que le inspiraba su amigo, no le reveló todo su secreto. La fuga de Zaida era un misterio para el aragonés.

De enanto paso importante se daba, Zaida se instruía por medio de billetes, que su amante le dejaba entre los mirtos del jardin, i cada noche al recojerse oraba fervorosamente a la Virgen por el buen éxito de sus proyectos.

Aquella creatura cándida i anjelical se sentía trasformada por la nueva fé que imperfectamente conocia. Su corazon ansioso de afecto i rebosando de ternura, hallaba un gozo in-

finito en orar a la Inmaculada Madre del Redentor. Su oracion era una de esas plegarias que solo brotan de un corazon inocente i que no se espresan por medio de palabras, sino con anhelos i suspiros.

La hija de Zelim era cristiana de alma ántes de recibir el bautismo. El amor la habia llevado a la verdad i sus esperanzas de ventura terrena se confundian en ella con el tierno i delicado culto que profesaba al verdadero Dios.

—¡Que no muera, Madre mia, esclamaba, sin haber recibido el bautismo! quiero ser cristiana como Gonzalo, i si él es huérfano, como yo, ámbos no tendremos otra Madre que tú....

Así se esplayaba aquel corazon inocente, en las horas en que, desechando la natural inquietud que la devoraba, ponía su esperanza en los cielos i su causa bajo la proteccion de la que saludamos con el dulce nombre de *Refugio de los cristianos*.

Gonzalo tambien oraba, pero sus votos iban mezclados de tristeza: veía llegar el día de la libertad i temblaba de que pudieran salir fallidas sus esperanzas. En la dolorosa escuela del sufrimiento habia aprendido a desconfiar de la ventura.

XIX.

Era llegada la víspera del día anhelado.

Mientras los musulmanes se entregaban a su regocijo, en los afueras de la opulenta ciudad, dos cautivos se entretenian conversando tan sijilosamente, como si temieran que el viento arrebatando sus palabras, las llevara a los oídos de sus opresores.

—Bien dices, Gonzalo, decía el mas jóven, en estos asuntos toda precaucion es poca. Sin embargo, las medidas están tomadas con acierto i confío en que saldremos sin tropiezo alguno de la villa.

—¿Dónde estarán los caballos?

—En este mismo sitio, dos horas ántes de amanecer. Vuelve ahora a tu casa, para no infundir sospechas. Ahí tienes la llave con que has de abrir la puerta de los jardines que te dará salida al llano. La llave me cuesta un

tesoro; pero tengo confianza en que no me ha engañado el judío que la fabricó.—No hai puerta que no abra esta llave, me dijo; la he probado a hurtadillas en la casa de mi amo i te aseguro que es una obra maestra.—Conque adios: ¡confianza i prudencia!

—Adios, Rojer, cumple por tu parte exactamente lo convenido, que por la mia no hai cuidado.

Los dos cautivos, despues de abrazarse estrechamente, se dirijieron a la ciudad por distintos caminos, i si despues se hallaron al paso en una calle, prosiguieron andando sin saludarse, como si realmente no se conocieran.

XX.

¡Pobre Zaida! Anhelaba la fuga con todo el ardor de su alma i sin embargo, lloraba desconsolada.

Iba a dar un eterno adios a su padre i esta separacion destrozaba su pecho.

Todo lo que la rodeaba le recordaba su infancia; cada flor del jardin, cada mueble de su estancia adquiria vida a sus ojos i le parecia ver en cada uno de esos mudos testigos de sus luchas un censor que le afeaba su ingratitud para con el venerable viejo que tanto la amaba.

Se estremecia de su propia sombra; sus ayes sofocados le infundian pavor; nada queria ver ni oír de lo que la rodeaba.

No era aquella la lucha amarga i dolorosa entre el amor i el deber, era el combate de dos amores que se disputaban su alma.

¡Su esposo i su padre!

¿Cómo quedar con éste i abandonar al primero?

¿Cómo obligar a Gonzalo a permanecer en la esclavitud, añadiendo a la carga de sus hierros el tormento devorador de un amor imposible?

Su fuga causaria acaso la muerte del que habia protegido su infancia, que no podria resistir a semejante golpe.

La que deja la morada de sus padres impulsada por una pasion baladí, tiene mas ánimo que la jóven virtuosa a quien una suerte implacable coloca en tan duro extremo.

La que ve en la fuga del hogar un camino doloroso trazado por el deber i la conciencia, la emprende con paso firme, pero riega con lágrimas de sangre cada paso que la aleja de aquellos umbrales queridos.

¡Cuánta amargura no habia en los pensamientos de Zaida! El porvenir habia perdido en aquel momento su rosado color; la esperanza pálida i triste se desvanecia a sus ojos i el ánjel del sacrificio entreteja agudas espinas a su diadema de amores.

Però era fuerza seguir en el camino comenzado i emprender la marcha sin volver la vista atras.

En vano nublaban su frente siniestros presajios, ya era tarde para detenerse.

La jóven mora no se atrevia, sin embargo, a marchar sin despedirse de su padre.

¿Cómo no recibir por vez postrera la bendicion de su mano? ¿Cómo regar el último beso a esa frente helada por la ancianidad i el desengaño de la vida?

Las tristes reflexiones que se hacia la infeliz doncella parecian ahogar por instantes el fuego de su amor i el deseo de abrazar la nueva fé, pero estos dos sentimientos ardian en su alma con inextinguible fuerza.

Ser cristiana i ser esposa de Gonzalo era para ella el decreto de la Providencia, la aspiracion suprema de su vida. Despues de esto, no le importaba morir.

XXI.

El corazon, como el mar, tiene tormentas desatadas. ¡Ai del que naufraga en ellas i no encuentra para salvarse ni una estrella que lo guie, ni un pedazo de remo con que cortar la corriente!

Por dicha, Zaida tenia tomada su resolucion, sabia dónde estaba el puerto en que habia de terminar su viaje. Armada de un valor supremo i dominando sus angustias, vió llegar la última noche que habia de pasar bajo el techo paterno.

Retirada en su habitacion, acomodó en un saquito cuanto tenia de mas valor en joyas i pedreria, exceptuando un collar de perlas con broches de diamantes que dejó sobre una mesa.

Hecha esta prevencion, llamó a Zora, su fiel i discreta sirviente, la única que poseia alguna parte de sus secretos.

—Zora, dijo a la nubia, que acudió al instante, desde mañana serás libre; con este collar puedes rescatarte diez veces.

—¿Cómo te pagaré, señora, tan gran beneficio? replicó la negra arrasados en lágrimas los ojos.

—No olvidándome nunca.

¡Qué! ¿vas a separarme de tu lado? Pues a ese precio renuncio a la libertad.

—¡Ai! mi fiel Zora. Es preciso que te abandone!

—Entonces ¿eres tú la que vas a dejar esta casa?

—Silencio, Zora; ni una palabra mas. Ni aun lo que has oido debí decirte; calla, olvida mejor lo que me has oido, porque una indiscrecion tuya podria perderme.

—Vé donde quieras, yo a todas partes te seguiré. Libre o esclava, viviré consagrada a servirte toda mi vida.

—Deja, Zora, que se cumpla mi destino, i no ligués tu suerte a la mia, que acaso soi semejante a aquel árbol que con su sombra da la muerte. bástete saber que donde voi no puedes ir.

—¿Será larga tu ausencia?

—Eterna quizas.

—¿Qué va a ser de mí?

—Consuélate, hermana mía; quizás te aguarda la dicha en la cabaña de tus padres, a la sombra del bosque nativo. Por lo que hace a mí, no soy sino una flor caída en la corriente de las aguas ¿a dón le va? ¿en qué playa será arrojada? Esos son secretos del porvenir. Ahora, abrázame, como abrazarias a una hermana, si la tuvieras.

La altiva señora i la humilde esclava, confundidas en un abrazo estrecho, mezclaba sus suspiros i sus lágrimas i se despedían con el presentimiento de que aquel era el último adiós.

Zaida, algo repuesta de su emocion, fué la primera en desprenderse, i señalando con un ademán imponente la puerta del camarín, despidió a la aflijida negra, que desde el umbral se volvía otra vez a contemplarla.

Sola ya serenó su rostro i cojiendo un llavín de oro, abrió la puerta de un pasadizo que comunicaba directamente con las habitaciones del anciano Zelim.

¡Zaida iba a despedirse de su padre!

XXII.

La habitación particular de Zelim no se asemejaba en nada a las que tenían para su descanso los moros de su estirpe i fortuna. No se veían en ella los cómodos divanes, las primorosas alcáfitas de Persia, ni los muebles incrustados de nácar i oro. Sobre la pobre mesa que ocupaba el centro, no ardían los perfumes orientales en primorosos pebeteros, ni las bujías aromáticas de cera de colores esparcían ese ténue i poético resplandor de que tanto gustaban los árabes.

Solo una lámpara de hierro alumbraba un rollo de pergaminos, que contenían los versículos de Koran, que el anciano repasaba en aquellas horas de meditación i de silencio.

Zelím no leía, sin embargo. El sueño había rendido su venerable cabeza, que se había desplomado sobre el respaldo de un alto sillón, que en otro tiempo cojió en el pillaje de un campamento cristiano.

Zaida, trémula i sobresaltada, abrió repentinamente la puerta de la habitación i quedóse parada contemplando a su padre.

—No, dijo, no le hablaré, me acercaré quedo, besaré su mano venerable i mi último adiós, aunque mudo, será mas cariñoso i elocuente.

Acercóse al anciano, besó su mano enflaquecida; ya iba a alejarse, cuando Zelím, sacudiendo su pesado sueño, despertó, fijando en su hija una tierna i amorosa mirada.

—¿Qué vienes a buscar, perla de Barosa, a este sitio donde no hai nada que pueda encantarte? ¿Qué busca la juventud en el pobre retrete de la vejez desengañada?

—Soñaba contigo, padre mio, respondió turbada la jóven, soñaba que ibas a empren-

der un viaje i que te separabas de mí sin decirme adios. Esta imaginacion me despertó, volé a buscarte i hé ahí porque me tienes a tu lado.

—Los hombres, Zaida, estamos siempre de camino, i cada instante que avanzamos en la vida nos acerca al término de la carrera. El varon virtuoso no teme tocar esa meta que es el dintel del paraíso, i en cada aliento lanza una aspiracion del alma por llegar mas presto. Viene, al fin, un dia en que el peregrino encuentra a su paso al ángel Asrael que, armado de la muerte, toca su frente con su cetro helado; entónces el cuerpo, esa vestidura prestada de que habremos de despojarnos al fin, cae en tierra i vuelve a su origen primero, mientras el alma, revestida de formas aéreas i gloriosas, se eleva a los astros, donde moran los escogidos. No temas, hija mia; mi diestra debilitada se niega a sostener el alfanje del Islam i mis años no me permiten apartarme de esta mansión querida. El único viaje que ya me es dado hacer, es el de la tumba: la única separacion que nos aguarda, es la de la muerte.

—¡Amargo adios! dijo Zaida, porque es eterno...

—Procura, hija mia, cultivar en tu alma la simiente de la virtud. Sigue, como hasta hoy, honrando la ancianidad de tu padre i cumpliendo fielmente las enseñanzas del Profeta. Sigue siendo siempre la que has sido hasta aquí, i si por la lei de la naturaleza, nos separamos algun dia, será para volver a hallarnos mas allá.

El moro estaba enternecido; Zaida no alentaba casi.

Cada palabra del anciano era un harpon que la traspasaba el pecho, un reproche inocente del paso desesperado que iba a dar.

—Vaya, mi Zaida, prosiguió el viejo; no te atormentes con imaginaciones vanas. Vé a descansar, que ámbos necesitamos reposo i bien sabes que me gusta saludar al sol en su nacimiento.

—No me iré, padre mio, sin que ántes me hayais abrazado i bendecido otra vez. I al decir esto, Zaida estrechó convulsivamente al noble anciano; que la tuvo en sus brazos largo rato.

—Eres buena i amante con tu padre, dijo Zelím; Alá te dará por recompensa largos dias de felicidad sobre la tierra.

Zaida cayó a sus plantas i recibió la bendicion que el viejo musulman le daba con mano temblorosa. La voz paternal murmuraba todavía plegarias de felicidad por la hija de su corazon, mientras ésta se retiraba apresuradamente, temerosa sin duda de que la traicionara su propia emocion.

Pensativo quedó el viejo con lo que acababa de ocurrir.

—¿Será esto, se decía, un anuncio de mi muerte, que Alá habrá querido enviarme por

los labios de mi hija? ¡Quién sabe! La muerte es el reposo i mi porvenir está en manos del destino.

Media hora despues, Zelim dormia profundamente.

XXIII.

Gonzalo i Zaida habian combinado perfectamente su fuga. Los criados de Zelim, que pudieran impedirla, quedaban inutilizados por medio de un narcótico que Zaida habia hecho mezclar en una bebida que acostumbraban tomar en la cena. Gonzalo podia seguro dejar la sala donde lo encerraban para dormir, reunirse en el jardin con su amada i salir juntos por la puerta, valiéndose de la llave que Rojer habia comprado al judío.

Por lo que hace a los guardas de la ciudad, no podian temerlos, desde que el palacio de Zelim se hallaba fuera de los muros. En un sitio cercano i escondido en un bosquecillo los aguardaba Rojer con armas i caballos. Hasta aquí todo ofrecia seguridad, lo demas quedaba en manos de Dios.

XXIV.

Tan diversas emociones hubieran quebrantado el alma de cualquiera mujer que no fuese la animosa Zaida; pero su corazon estaba templado en heróicos sentimientos i eran nobles i santos los moviles a que obedecia.

Pasada la tremenda prueba de la despedida que tanto temia, cerró los ojos a cuanto dejaba atras i en el secreto de su estancia oró con mas fervor que nunca hasta despues de media noche.

Granada, la ciudad de encantos, la perla de occidente, con cuya posesion deliran todavia los árabes africanos; esa maravilla del arte, que una hada imaginó en sus sueños, parecia en aquella hora un vasto sepulcro. El silencio reinaba en sus estrechas calles. Sus hogares estaban mudos i apénas si velaba algun soldado en los minaretes de sus torreones.

El mundo habia acallado sus ruidos i hasta la brisa parecia dormir en su vega perfumada, valle delicioso que riegan dos arroyuelos de diáfanos cristales, donde los bardos moros, i despues los cristianos, han ido a buscar las risueñas i elevadas inspiraciones que brinda el espectáculo de la naturaleza.

Todo era soledad i silencio, todo misterio i poesia.

Mui alta ya, sobre las montañas, se levantaba la luna, reflejando sus rayos en las torres de la ciudad i en los árboles i arroyuelos de la vega i sobre las nieves eternas de la sierra. La luna estaba de menguante i su fulgor melancólico i misterioso, derramaba por do quiera una dulce tristeza.

Los jardines de Zelim, situados, como hemos dicho, en los alrededores de Granada,

participaban del grato hechizo de los contornos, no oyéndose en su recinto otro rumor que de las fuentejillas que dejaban escapar el agua de los surtidores con ese manso murmullo que al corazón halaga i al oído, segun la feliz expresion de un gran poeta.

Sin embargo, aquel jardin no estaba solo. Dos sombras lo cruzaban con pasos temerosos i turbados; Zaida i el cristiano, vestidos ámbos a la usanza mora, recorrían sus calles de mirtos, asidos de la mano, tan estrechamente como si álguien pugnase por separarlos.

Tras corto andar por aquel hermoso laberinto de árboles i flores, llegaron a la puerta que comunicaba los jardines con el campo. Gonzalo la abrió con la llave que habian obtenido del judío i la puerta cedió, sin resistencia, dándoles franca salida i espedito camino hasta el bosquecillo cercano, donde los aguardaba el aragonés Rojer, disfrazado igualmente que Gonzalo, con la túnica i turbante de los sectarios de Mahoma. Este disfraz, con venido de antemano, era una precaucion mas que necesaria, pues, aunque la caravana pensaba tomar caminos estraviados, era preciso estar prevenidos para cualquier enfadoso encuentro, en que sus trajes de cautivos habrían despertado fatales sospechas.

No poco sorprendió a Rojer la compañía que traia consigo su hermano de cautiverio; pero su admiracion creció sobremanera al saber que la hermosa jóven con quien iban a emprender la fuga era, ni mas ni ménos que la misma hija del fanático i opulento Zelim.

—Rojer, le dijo Gonzalo, he aquí a Zaida, mi esposa, que deja la morada de sus padres para ser la compañera de mi vida.

—¡Bendita sea la Providencia, contestó el aragonés, que ha elejido a la hija del mayor enemigo del nombre cristiano para instrumento de nuestra libertad! Yo os juro, noble señora, inmolar mi vida por salvaros a vos i a vuestro esposo de cualquier peligro que pudiera sobrevenir.

Pronto los fujitivos estuvieron a caballo lanzándose al galope por la vega.

—Al fin respiro, dijo Zaida a su amante, al fin estamos libres i en camino de asegurar nuestra ventura.

—Sí, mi Zaida, todo nos favorece, aprovechemos lo instante, i cuando Granada despierte de su sueño, estaremos mui lejos de sus murallas. Ahora mas que nunca te lo repito, ¡tuyo hasta la muerte!

—¡Oh! repíteme otra vez que me amas, Gonzalo; necesito oírlo, porque esta noche he padecido mucho i no acierto a creer en nuestra felicidad.

—No temas, alma mia. Dios, que ve la pureza de nuestras intenciones, será el escudo que nos proteja. El, que nos ha dado fuerzas para luchar contra nosotros mismos, allanará el camino i desviará los escollos. Mira, yo

tambien he sufrido horriblemente desde el instante que nos amamos, cada caricia que te podigaba era un sacrificio doloroso para mí, que queria no ajar una sola de esas blancas rosas de tu corona de vírjen. Te ví inocente i pura, pobre tórtola enamorada, i me dije: esta mujer me será sagrada como mi misma madre. Sentia en mí frente tu aliento abrasador i apénas si la sellé alguna vez con el casto beso de un hermano.

—Sí, Gonzalo, eres el mas noble i el mas jeneroso de los hombres.

—Pues bien, Zaida, el que tuvo valor para tanto, necesitaba amarte con un amor mas que humano.

—Así soñaba ser amada; así tambien sé amar, dijo Zaida con voz entrecortada por la emocion.

—No abrigo, prosiguió Gonzalo, mas que presentimientos de dicha. ¿Cómo no hallar la ventura en la tierra, si la hemos conquistado a tanta costa?

—La Vírjen del Pilar os proteja, cubriéndos con el manto de sus favores, dijo respetuosamente el aragonés.

—Amen, contestó Gonzalo; i siguieron galopando por la llanura.

Zaida, asida a la cintura de su amante, se dejaba llevar en el torbellino de la carrera. Un vértigo delicioso se habia apoderado de ella. Cada objeto que desaparecia a sus ojos, cada árbol o peñasco que dejaban atras los rápidos corceles, la acercaba mas i mas a la tierra suspirada, donde iba a verse libre i feliz.

—¡Oh! decia, mira, Gonzalo, cómo los cielos nos protejen. ¡Qué bella está la luna en su caida! Compasiva con nuestro amor, no nos ilumina en la plenitud de sus rayos; brilla para señalarnos el camino, pero no alcanza a descubrirnos a los que de lejos pudieran buscartos.

—Harto tiempo tenemos para ponernos fuera de su alcance. Mañana, al nacer el sol, los santones convocarán desde los altos ajimeces de sus mezquitas a la relijiosa solemnidad del dia, i tu padre se dirigirá a cumplir sus prácticas, sin preocuparse de tí. Cuando regrese a su casa, que no será ántes del meridiano, buscará a su hija, pero ya será tarde.

—¡Infeliz padre mio!

—Qué, dijo Gonzalo con acento de melancólica queja, ¿no soi todo para tí en el mundo?

—Sí, mi bien i mi señor, repuso la enamorada mora; pero deja hacer su oficio a los sentimientos naturales. Deja que vierta algunas lágrimas por el padre a quien ya no he de ver mas: no le robes un momento pasajero, que para amarte me queda toda la vida.

—Perdóname, Zaida, si he sido injusto en un momento en que nada puedo reprocharte; en que yo, pobre cautivo, no tengo otra cosa que ofrecerte, en cambio de tus sacrificios, que un corazon que hace tiempo es tuyo.

—¿I qué mas te he pedido, ingrato?

—Todos los tesoros del mundo que poseyera, serian poco para pagar tu abnegacion. ¿Qué viste en mí, hija de la riqueza, para llegar a amarme como me has amado?

—Adiviné tu corazon.

—¿I ahora que lo posees, nada mas deseas?

—Ver asegurada nuestra libertad.

—Somos ya libres, esposa mia; ántes de emprender la fuga temí mucho, ahora no tiemblo ya.

ENRIQUE DEL SOLAR.

LA ASCENCION DEL SEÑOR.

¿Quién es el que al empíreo
En las plumas del viento suspendido
Con vuelo majestuoso se levanta?
¿Quién es el que del mundo desprendido
Alza hasta el cielo la atrevida planta
I en blando movimiento
Va cruzando veloz el firmamento?

Las nubes a su paso
Se rasgan suavemente,
I flotando en las diáfanas esferas,
Cual gasa trasparente,
Bajo su planta agrúpanse lijeras
Para servir de pedestal luciente,
De digna peana al vencedor valiente.

Los astros brilladores
Que pueblan mil a mil el firmamento
A su paso se postran, i fulgores
Nuevos despiden en aquel momento;
I cual de luz espléndidos fanales
Se dejan ver en la celeste esfera
Formando arcos triunfales
Por rendirle homenaje en su carrera;
El aire rasgan sonoros cantos
I armonía no usada
Resuena por la bóveda azulada.

Un grupo de varones
De admiracion convulsos i de espanto
Clavan en él sus ojos
Mudos los labios i vertiendo llanto.
Ellos lo ven subir al alto cielo
Cual águila que cruza el firmamento
Con atrevido i majestuoso vuelo
I que en alas del viento
Penetra en la rejion de eterno hielo.
Ellos ven la corona
De triunfo i de victoria
Por mano de los ángeles tejida
I ven la inmensa gloria
Que a su excelsa virtud es concedida.

LA ESTRELLA DE CHILE.

SANTIAGO, JUNIO 7 DE 1874.

LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS.

(Continuacion.)

XXV.

Estas i otras conversaciones entretenian a los viajeros durante la marcha, ya precipitada, ya lenta, segun los accidentes del camino o el vigor que mostraban los jeneros corceles, que usando mil artificios, habia podido proporcionarse Rojer.

Los que mas hablaban eran los dos amantes, pues Rojer, como discreto que era, comprendia demasiado que lo que ellos deseaban era no ser interrumpidos; i sabia por esperiencia, que nunca un tercero hace buen papel en semejantes coloquios.

Por esto no habló sino lo indispensable, ya para no parecer desatento, ya para observarles algun punto del camino donde era necesaria la atencion del jinete, so pena de tropezar.

La aurora comenzaba a lucir, i una lijera neblina envolvía la ciudad lejana, dándole una apariencia fantástica; la luna apagaba su pálida antorcha, i la mezcla de ambos fulgores producía esa débil luz llena de encantos, que solo ven los hijos del trabajo i que tan poco conocen los poetas que la cantan.

Era preciso apartarse de los senderos frecuentados, i el aragonés, con su acostumbrada prudencia, torció por un atajo, en donde el espectáculo de la *Vega* dejó de sonreír a nuestros amantes.

El camino habia variado de aspecto; no habia en él riachuelos ni colinas pintorescas; peñas ágrías i desnudas formaban una muralla a los lados del sendero, i lo áspero i pedregoso de éste hacia por fuerza mas lenta la marcha de los corceles.

Mas que necesario era tomar una senda estraviada, pues las solemnidades religiosas que iban a celebrar los moros granadinos atraian mucha jente de los contornos, a la que no podia ménos de llamar la atencion que tres buenos musulmanes abandonasen la ciudad cuando tantos acudian a ella.

Siempre habria llegado el caso de detenerse a hablar con los trajinantes, darles detalles de la fiesta, sostener con ellos conversaciones de las que lo ménos malo que podia resultar era perder un tiempo precioso.

Roger habia previsto todo esto, i conociendo el terreno, como pocos cautivos, eligió aquella sierra, que si bien era un camino penoso, les ofrecia toda seguridad.

Por ella caminaron hasta las diez de la mañana, hora en que el aragonés mandó a sus compañeros hacer alto para tomar algun alimento.

Llevaba en su zurrón las provisiones necesarias para tres días de camino, de manera que el almuerzo, sino fué regalado, sobró para reponer las fuerzas de los viajeros. Zaida tomó alegremente los pobres manjares que tenia delante, asegurando a sus compañeros que jamas habia comido con mas apetito.

XXVI.

Volvamos a la quinta o palacio de campo del poderoso Zelím.

La dejamos envuelta en las sombras del misterio, iluminada por los poéticos reflejos de la luna, i sumida en el silencio que acompaña a las horas que el hombre dedica al reposo.

Iuminó la aurora el jardín por donde ha poco veíamos atravesar como fantasmas a dos jóvenes amantes, a quienes la suerte habia unido para no separarse nunca. A la claridad indecisa del primer despertar de la naturaleza, sucedió la salida del sol, cuyos rayos, penetrando por las ventanas del retrete de Zelím, le recordaron sus religiosos deberes.

Al sentir la luz sobre sus ojos, despertó el viejo creyente, i, despues de una lijera plegaria, se dirijió a la fuentejilla donde practicaba diariamente sus purificaciones. Concluida esta piadosa ceremonia, desplomóse sobre la tierra i vuelto hácia el oriente elevó a Alá la plegaria de la mañana.

Jamas, ni en el rigor del invierno, descuidaba el supersticioso Zelím estas prácticas a las que vinculaba, como muchos otros moros,

de los alrededores a quien no se hicieron mil preguntas, pero todo fué en vano; Zaida no parecía.

Lo único que quedaba por ver era el dormitorio de los cautivos. Allí fué a registrarlo i no tardó en hallar la clave del misterio: Gonzalo faltaba de allí.

Bramando de cólera e inyectados los ojos en sangre, corrió a dar la noticia a su señor, quien al oírla, estalló en nueva indignación.

XXVII.

Considere el lector cuál sería el arretrato de Zelim al oír tan extraña nueva.

Trastornado i fuera de sí, juró beber la sangre de los dos culpables, i sin perder el tiempo en estériles lamentos, veloz como el rayo hizo armarse a sus criados, partiendo en seguida al frente de ellos en seguimiento de los amantes.

El i su comitiva montaban los mejores corceles, i a mas de la cimitarra llevaban dardos i otras armas arrojadas.

El camino que seguía Zelim era, por desgracia, el mismo que habían tomado los simpáticos fujitivos, bien que éstos le llevaban la diferencia de ocho horas de casi incesante andar.

Aquel anciano octojenario, cuya vida se encerraba en las paredes de su casa, parecía, tal era su furor, olvidado de sus años i, preséntole alas la desesperación, volaba mas que corria, indiferente a la fatiga i a las bellezas naturales que se ofrecían a sus ojos.

—Animo, bravos compañeros, gritaba, cual si animase a los suyos para entrar en batalla, todos mis tesoros serán vuestros, con tal que me volvais mi honra. ¡Perversa hija! ¿qué te habia hecho para que arrojaras el luto i la vergüenza en mis últimos días? ¿Qué viste en ese miserable esclavo que te arrojó a seguirlo, abandonando tu hogar i tu lei?

Pero no gozareis, viles enemigos, el fruto de vuestra traición; morireis a mis manos o dejaré de ser quien soi.

Estas i otras imprecaciones proferia, encarándose su alma mas i mas, a medida que avanzaba. Cada pasajero que encontraban era interrogado de si habia visto en alguna parte la fujitiva pareja, pero nadie daba ni vagos indicios que pudieran guiarlo.

—Es en vano preguntar lo que nadie sabe, decía el viejo; yo sabré encontrarlos sin mas guía que mi corazón.

I seguían caminando sin detenerse.

La fatalidad parecía perseguir a Zaida i Gonzalo. Estaba de Dios que no habian de lograr su intento, i que sus nombres pasarían a la posteridad ornados con la fúnebre aureola de sus trágicos amores.

Zelim logró instruirse por un cabrero, que venía a Granada, de que la caravana perseguida se habia internado en la sierra.

—Ya sé qué camino han de tomar, exclamó con gozo satánico, volad, felices amantes, gózate, hija maldecida, en la desesperación de tu padre, aprovecha los instantes para gozar tu amor, pues, por mucho que corrais, os ha de hallar al paso la espada de mi venganza.

Allí, que era de la comitiva, se acercó a su señor, diciéndole:

—Conozco, jeneroso Zelim, un camino mas corto que el que ellos llevan. Los senderos de la sierra son ásperos i permiten avanzar poco; tomemos nosotros el que lleva a Antequera i les cortaremos el paso.

Pareció bien el consejo a Zelim i sus compañeros i se dejaron guiar por Allí, que, orgulloso del papel que desempeñaba i animado por su odio a Gonzalo, hallaba a cada paso, con satánico tino, atajos que acortaban la marcha i permitían, de cuando en cuando, dar, sin perder el tiempo, algun descanso a los corceles fatigados por la carrera.

Un jénio infernal inspiraba al miserable moro, que rivalizaba con su amo en animar a los soldados i en soportar las fatigas de la marcha.

ENRIQUE DEL SOLAR.

(Concluirá.)

EL SACRIFICIO DE ABRAHAM.

I.

Asoma apéna en el rosado oriente
Entre la bruma matinal la aurora,
De luz el monte i las campiñas dora
I gotas vierte en la silvestre flor.

Presurosas escápanse las sombras
Para dar paso al luminar del día,
Todo renace al ser i a la alegría,
Viste al mundo ropaje encantador.

Al aire lanza sus primeros trinos
El pájaro que deja el blando nido,
I de la oveja escúchase el balido
I del zagal la rústica canción.

En el confin del valle se divisa
Caminar entretanto a un peregrino
Que avanza silencioso en su camino
Apoyada la diestra en su bordon.

Pálido el rostro i la mirada incierta,
Al suelo inclina la rugosa frente;
Talvez en ella oscila tristemente
Un pensamiento amargo i opresor.

Es un anciano: su cabello blanco
Cae sobre su cuello, desgreñado,
I suelto al aire el manto desgarrado,
Va abstraído tan solo en su dolor.

LA ESTRELLA DE CHILE.

SANTIAGO, JUNIO 14 DE 1874.

LA MEJOR ESPUELA. (1)

(BIBLIOGRAFÍA.)

No hai laureles mas hermosos que los que alcanza al poeta la buena ejecucion de una fábula dramática. ¡Cuántos, aun de niños, sueñan verse rodeados de coronas en las tablas del escenario, recibiendo las aclamaciones i los aplausos de una escojida concurrencia, ébria de gozo, palpitante de entusiasmo i conmovida en sus fibras mas delicadas por el arte del poeta!

Pero, desgraciadamente, fáciles son de marchitarse esos laureles.

Si la fábula no ha sido bien combinada, si no tiene las verosimilitudes exijidas, si, por fin, el interes no se ha estado en el principio, en el medio i en el fin a una misma altura, conviértense frecuentemente los aplausos en silbidos i las ilusiones rosadas en un amargo i triste desengaño.

Una cosa es presenciar el desarrollo de una accion dramática en medio de los acordes de la música i de la excitacion natural en los que la ven por primera vez, i otra mui distinta es examinar el plan i la ejecucion de un drama en el silencio del escritorio, cuando no hai, ni puede haber actores hábiles que pálíen los defectos de la obra.

Si ayer en el teatro se aplaudia con frenesí, mañana por la prensa sabrán todos que el tal drama no vale lo que se pagó por ir a ver su representacion.

El señor Benavides, sin embargo, ha estado de desgracias con su comedia titulada *La mejor espuela*, que me propongo analizar lijera-mente.

Presentada al certámen dramático que la Academia de Bellas Letras abrió el año próximo pasado, obtuvo de sus jueces el siguiente

(1) Comedia orijinal, en tres actos i en verso, por M. Antonio Benavides, presentada al primer certámen dramático de la Academia de Bellas Letras.—1 cuaderno en 8.º, de 119 páj. —Valparaíso. —Imprenta de *El Mercurio*. —1874.

desfavorable informe que, por otra parte, es mucho mas benigno que el que me verá obligado a dar al fin de esta bibliografía. Despues de esponer el argumento, dice el jurado: “Como se ve, este argumento es completamente “inverosímil. Hai tambien en la pieza mas de “un lance al cual puede aplicarse la misma “calificacion. A veces tambien el autor no manifiesta todo el ingenio que podia esperarse “de él. El verso es fácil: algunas escenas son “interesantes.”

Hé aquí la primera desgracia del señor Benavides. La segunda es casi tan sensible como ésta. Su comedia no se ha representado hasta ahora; de manera, que ni aun ha podido gozar de las ovaciones que entónces le hubieran hecho los mismos que en la prensa se han atrevido a apadrinar su desalumburada produccion. Se ha visto obligado a publicarla i, por lo tanto, a recibir lo que su audacia mereciera.

Si la memoria no nos es infiel, este mismo señor Benavides publicó en Valparaíso, a fines de 1872, un cuaderno en 4.º de 88 pájinas, que llevaba este título: “*La voz del corazon*. Drama en tres actos i un prólogo, en verso.”

Recordamos que, desde estas mismas columnas, se le aconsejó que no volviera a escribir mas dramas, ni mas versos, i el mismo que escribe estas líneas, leyendo esa produccion, trajo a la memoria el recuerdo de que en el Perú faltaban brazos para la agricultura.

Pero, a pesar de todos estos consejos, el señor Benavides persistió en su manía de hacer versos, i hace dias no mas, las prensas de la imprenta de *El Mercurio* han dado a la publicidad los que componen el cuaderno en cuya ejecucion vamos ocupándonos.

Alguien ha dicho del argumento de *La mejor espuela* que es el mas orijinal que a ingenio humano puede ocurrirse.

Efectivamente, jamas hubiera imaginado nadie un enredo semejante al que ha concebido el señor Benavides.

Los que nos hacen el favor de leer este artículo, van a juzgar por sí mismos.

tellana. I adviertan mis lectores que estas once palabras no castellanas son tomadas solo del primer acto, en donde quedan otras doce que no he querido aquí copiar.

Mucha cosa, sin duda, es esta, pues nos prueba que *La mejor escuela* no ha sido escrita en la lengua castellana; pero, hai mas todavía. El señor Benavides da a conocer su supina ignorancia en todo lo que se relaciona con dicha lengua. I allí van las citas, tomadas solo del primer acto:

¿A qué fuistes a esa casa?

(Acto I, escena I.)

¡Qué desgraciada que soi!

(Acto I, esc. II.)

Si ella llegase a saber
Lo que yo sufriendo estoi,
Será mayor mi desgracia,
Mi sufrimiento mayor.

(Acto I, esc. II.)

En la misma escena segunda del primer acto, dice Marta:

Si no debe *mo* casarse,
Bien dice mi confesor. . . .

(Véase BELLO, Gramática castellana, capítulo XXXI.)

I para *ser* mas felices
Un niño nos *manló* Dios.

(Acto I, esc. II.)

El da gritos que es un gusto!

(Acto I, esc. VI.)

Dislates de la razon,
Como los de Jil, se curan,
Mas, en vano se *procuran*
Sanar los del corazon.

(Acto I, esc. VIII.)

Al fin se *convencerá*
Que ha sido inútil. . . .

(Acto I, esc. XI.)

Renunciámos a citar mas ejemplos.

El espíritu se cansa i se fastidia de andar escojiendo tanto disparate, bien así como se fatiga el que marcha por un camino áspero i cuesta arriba.

I hemos dejado a un lado los numerosos contrasentidos, los desatinos de pensamiento, las bajezas i ruindades de expresion de que está verdaderamente plagada *La mejor escuela*. Creemos que, de lo espuesto, puede deducirse que ella no es otra cosa que un ultraje conti-

nuado a la gramática, a la poesía i al buen sentido.

Hai muchos otros caminos que escojer: el señor Benavides debía abandonar la senda de la poesía.

Fáltanle todos los requisitos indispensables para llegar a ser una decente medianía.

Todos sus ensayos han sido peores, i mas que tenacidad sería el seguir haciendo otros.

Tal es, en resumen, nuestro juicio sobre lo que se llama *La mejor escuela*, i tal es tambien el consejo que nos atrevemos a dar al señor don M. Antonio Benavides.

Santiago, junio 10 de 1874.

ENRIQUE NERCASSEAU MORAN.

LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS.

(Conclusion.)

XXVIII.

Mui distinto aspecto presentaba la caravana de los amantes.

Sus conversaciones nobles i elevadas se levantaban sobre el fango del odio i las miserias humanas. Ya hablaban del amor i del porvenir, ya Zaida vertía una lágrima por su padre, lágrima que enjugaba el venturoso Gonzalo: ya ponderaba éste las bellezas de su tierra natal, las ceremonias del culto cristiano, los torneos, las danzas, las hazañas i los amores de los caballeros mas famosos.

Zaida le oía embelesada, creyendo sentir en su frente las brisas de la nueva patria i estasiándose en los sueños de una ventura cercana. Llevaban andada una buena parte del camino sin ningun encuentro desfavorable: solo habian topado sencillos campesinos, de quienes nada podian temer.

El aragonés, en momentos en que la conversacion se hacia general, referia con entusiasmo la crónica milagrosa de la Virgen del Pilar, cuyo santuario es uno de los mas antiguos i venerables del mundo cristiano: pintábales su templo cubierto de ofrendas i excitaba en la jóven neófito un ardiente desseo de contarse entre las hijas de tan divina Señora.

Ser cristiana, vivir con Gonzalo libre, amante i amada, ¡dulces aspiraciones que la habian hecho abandonar su hogar i su patria! ¿podian ser un sueño? ¡Imposible! se decia la jóven en el arrebatado de su confianza.

Habia corrido el día i el sol comenzaba a descender al ocaso, con esa lentitud propia de las hermosas tardes del verano.

El camino variaba de aspecto i la montaña

perdía su imponente majestad, trocándose en graciosas colinas cortadas por pequeños valles.

—Andando toda la noche, decía el aragonés, la mañana nos alumbrará en tierra de cristianos.

—Pero eso es imposible, dijo Gonzalo, ¿cómo podría Zaida resistir las fatigas de un viaje tan precipitado?

—Mi único descanso es hallarme en tu patria, replicó la mora. Dios protegerá mi debilidad. Seguid, seguid, que fuerzas no me han de faltar.

De pronto el aragonés se detuvo como sobresaltado.

—¿Ois? preguntó.

Gonzalo i Zaida se pusieron a esenchar.

—Sí, contestó el primero, siento pisadas de caballos.

—Líbreos Dios de un mal encuentro.

—Pues apresuremos el paso, que, a Dios gracias, nuestros corceles no están rendidos.

Un presentimiento doloroso traspasó como un dardo el corazón de Gonzalo, que estrechando convulsivamente a su amada, emprendió la carrera en dirección contraria al sitio donde sonaban las pisadas de los caballos.

Ya era tiempo: pues por sobre una colina se destacaba a lo lejos un cuerpo de jinetes que mandaba Zelim.

La lucha iba a ser a muerte, i pendía solo de la lijereza de los caballos; pero ¡ai! en esto llevaban la ventaja los perseguidores.

—No hai que amilanarse, gritó Rojer, acaso son tropas de Granada que vienen en nuestro seguimiento. Sin embargo, lo fragoso del camino puede salvarnos todavía.

I se arrojaron en una carrera vertiginosa, que los separaba algun tanto de sus perseguidores, a quienes retenía en un paso moderado lo áspero de aquel terreno.

Una vez que el escuadron llegara a la llanura, estát an irremisiblemente perdidos.

—¿Qué hacer? exclamó Gonzalo con desesperación, mientras Zaida enmudecía llena de pavor.

El aragonés juró en torno los ojos, midiendo la distancia que los separaba del enemigo.

—No hai mas, dijo, que tomar consejo de la desesperación. Ganemos aquella peña que se ve a lo lejos i desde allí vendamos cara la vida. La conozco; es escarpada hasta no mas, i si logramos treparla, difícil será que nadie pueda subirla despues de nosotros. Puede ser defendida por un solo hombre.

Asidos a esta última esperanza, tomaron la dirección del ágrío peñol que se destacaba como un monumento fúnebre en medio de aquella solitaria llanura.

Una vez llegados,

—Aquí está, dijo Gonzalo, la libertad o la muerte! Entreguémonos en manos de Dios.

I sostenido por Rojer, tomando en brazos a Zaida, comenzaron la peligrosa ascension.

Los enemigos se acercaban.

Desde la altura se veía la nube de polvo que envolvía el escuadron de jinetes.

—¡Ai! dijo Zaida, ¿i he de morir sin alcanzar el bautismo? ¿He de tener el dolor de separarme de mi esposo, aun despues de la muerte?

Rojer, con peligro de despeñarse, bajó a la llanura, i acercándose a una fuentejilla cercana, llenó en ella el cuerno que traía pendiente de su cinto, trepándose en seguida a la improvisada fortaleza.

—Aquí está el agua de la vida, que ha de rejenerar tu alma, desventurada Zaida, exclamó aquel abnegado compañero de desventuras. Los hijos de los reyes reciben el bautismo en soberbias catedrales, con el agua santa del Jordan; a tí te toca recibirlo ante el altar del martirio. Ea, Gonzalo, ya que no puedes darle la ventura terrena, derrama sobre la frente de tu amada el agua de la purificación.

Animado de superior impulso, se levantó Gonzalo i haciendo arrodillarse a Zaida, pronunció, con voz conmovida, las preguntas que preceden al bautismo, derramando en seguida sobre su frente el agua rejeneradora.

Solemne i triste fué aquella ceremonia celebrada en medio de un desierto i al borde de un precipicio, sin otro testigo que un compañero de infortunio, que oraba sin dejar de dirigir su vista hácia el lugar por donde una turba enemiga venía a inmolarse a la que en aquel momento entraba en el gremio cristiano. Un rayo del sol, que caía, se fijó por algunos instantes sobre la cabeza de Zaida, cinéndola de una brillante aureola; algo de anjélico habia en aquel rostro bello, a cuyo aspecto callaban respetuosos el amante i el amigo. Aquel bautismo tenia mucho de semejante con los que se administraban al catecúmeno que debia en pocas horas mas caminar al martirio, en aquellos tiempos en que la Iglesia vivía en las catacumbas i los fieles de Cristo sellaban con su sangre la verdad de sus creencias.

—Cristiana eres, Zaida mia, dijo Gonzalo; pero ¡ai Dios! en qué momento!

—¿No te lo dije, contestó ella, que nuestra suerte sería la misma, i que ni aun la muerte nos podria separar?

—¡Pobre niña! ¡qué diadema de esposa es la que te preparo! ¡El tálamo de nuestras bodas será la sepultura! ¡Los largos dias de felicidad que nos prometíamos debían terminar así! ¡Tan jóven i tan bella! morir cuando recién alboreaba la esperanza i las ansias del corazón alcanzaban una pequeña tregua. ¡Dios mio! ¡Dios mio! mui grande es tu poder cuando sostienes la fé en mi pecho, delante de una prueba tan amarga.

—Gonzalo, yo creo en tu Dios, i espero que su recompensa será a medida de nuestro sacrificio.

Rojer no hablaba, pero por sus mejillas se desprendían lentas i pausadas esas lágrimas

elocuentes que derrama un alma esforzada en momentos angustiosos de la vida, lágrimas que no roban el valor, sino que son un tributo que a su pesar paga a la desgracia la flaca naturaleza.

De pie, en el pico mas elevado de la roca, contemplaba el aragonés a los infortunados amantes i al enemigo que se acercaba. Su mirada certera, medía la proximidad del peligro i su corazon compadecía i oraba. . . .

XXIX.

—¡Hélos allí! sonó una voz; era la de Alí, que el primero de todos, descubrió el refugio que la desesperacion habia indicado a los tres cristianos, como último paso de su camino.

Zelim i los suyos fijaron su vista en el peñasco, i el furor del anciano padre, se trocó presto en rabiosa desesperacion.

—Baja, exclamó, baja, hija desnaturalizada, desciende con tu vil amante. Ven a recibir el castigo que merece tu afrentoso descarrío.

—Padre mio, contestó Zaida, desde lo alto de la peña, no me condenes ántes de oírme. Este que ves a mi lado, es mi esposo, a quien libremente elejí. Una fuerza superior me llevó a amarlo, i aunque quise luchar contra la corriente fué en vano. Le habia dado mi corazon i el deber me ordenaba seguirlo donde quiera que fuese. Sabia que tú te opondrías a nuestra union i que seria invencible tu resistencia, i con el pecho desgarrado hube de dejarte a mi pesar. Este es mi crimen, júzgame con tu corazon.

—En valde quieres cohonestar tus liviandades. ¿No sabias, hija de maldicion, que el hombre a quien te entregabas era un enemigo jurado de tu Dios i de tu raza? ¿Por ventura, te faltó alguna vez mi cariño o fuí contigo un padre duro i cruel? ¿Nada dices? ¡Bien sabes que mi ternura hacía tí no tuvo límites i que tú eras el objeto de todo mi afecto! . . . Pero aun es tiempo, Zaida, hija querida, prosiguió con acento conmovido; baja de la peña, entrégame a tu cómplice i todo lo olvido. No hai falta que no borre el arrepentimiento, ni crimen que no perdone el corazon de un padre.

—Perdóname, padre mio, el dolor que te causé i perdona por mí al hombre que elejí por esposo.

—Antes muerta que de ese cristiano, gritó Zelim.

—Pues bien, moriré, dijo Zaida, con voz firme, como su resolucion.

—¡Ea! los moros, trepad la peña, prosiguió el anciano. Vivos o muertos traed a mis plantas a la hija rebelde i a su vil amante.

XXX.

Horrible fué la acometida que los esclavos intentaron contra la peña, pero como ésta no tenia mas que una sola subida mui escarpada

i difícil, muchos rodaron al suelo, todos magullados i a mal traer.

Persuadidos de que era preciso trepar por el único sendero que habia, comenzaron sin dificultad su operacion, pero apénas llegaban a la mitad de la subida rodaban despeñados por las piedras que atrevidamente derrumbaban desde lo alto Gonzalo i el aragonés.

Aquella era la lucha de la desesperacion. Rojer lo habia dicho, solo podian tener en aquel trance la satisfaccion de vender caras sus vidas.

Los dos cristianos hacian prodijios de valor. Zaida misma, trasformada por el amor i el peligro, les ayudaba en la tarea, despeñando como ellos “galgas, piedras i palos i todo lo demas que les venia a manos i les servia de armas en aquella desesperacion.” (1)

Ya se agotaba la paciencia de los asaltantes, cuando vino a animarlos un suceso terrible para los infelices defensores del Peñol.

El valiente Rojer rodaba despeñado juntamente con un tronco que habia logrado derribar sobre uno de los moros, que con felicidad iba trepando la cima.

Los moros lanzaron un grito de salvaje gozo, i con asquerosa cobardía se lanzaron sobre el caído, como perros hambrientos sobre su presa. A la vista de los dos esposos fué bárbaramente inmolado el noble i valiente jóven. Los viles esclavos del rei de Granada despedazaron su cuerpo i mostraban sus sangrientos miembros a los de arriba, que cerraban los ojos para no ver tan horrible espectáculo.

Valiente i animoso, honrado i leal a toda prueba, Rojer cumplia la promesa que habia hecho a Zaida de inmolarse su vida si era preciso. Sus infortunados amigos, en medio de su angustiada suerte, tributaron una lágrima a tanta abnegacion.

Los asaltantes, que se sentian cansados de tan inútil batallar, propusieron a Zelim sitiarnos por hambre.

—Es imposible, le decian, que tu hija resista a semejante prueba.

—No, contestó Zelim, puesto que no puedo tenerlos vivos azateados.

Un grito de horror se dejó oír en aquella soledad.

Los moros temblaron ante la idea de un padre que imponia semejante martirio a la hija de sus entrañas, i la compasion brotó en aquel instante en sus pechos endurecidos.

Por un movimiento unánime se arrojaron a los piés de Zelim, pidiéndole piedad para aquellos infelices.

La juventud de las víctimas, la prodijiosa belleza de Zaida, su amor i su resistencia desesperada los conmovian.

—Perdono a Zaida, dijo el viejo, pero nunca a su vil amante.

Los moros dirijieron entónces sus ruegos a

(1) Mariana.

Zaida, instándola a que cediese a su suerte, pero la joven contestó irrevocablemente, que no abandonaría a su compañero.

Gonzalo iba a entregarse, pero ella le declaró que se daría la muerte si tal hacía, i en esta lucha de la jenerosidad, ninguno salió vencido.

Tanto heroísmo labraba aun el corazon de Zelim. Era padre i casi estaba dispuesto a perdonar a los dos amantes, cuando Ali murmuró a su oído estas fatales palabras:

—Ese cristiano ha hechizado a tu hija; acaso tambien es cristiana.

—¿Es verdad, lo que me dicen, Zaida? preguntó el moro lleno de coraje, ¿es cierto que has abandonado el culto de tus padres?

—Dios ha querido abrir mis ojos a la luz de la verdad. No te engañan, padre mio.

—Entónces, maldita seas! prorrumpió Zelim, mesándose la barba i arrojando sangrienta espuma por los labios.

El fanático habia vencido al padre, que ciego por la ira, mandó irrevocablemente a sus esclavos disparasen sus dardos contra la hija apóstata i a su seductor.

Una nube de flechas pasó por cima de los dos amantes. Los arqueros esperaban todavía que se rindieran, i asestaban sus tiros con finida torpeza.

—Vamos a morir, Zaida, dijo dolorosamente Gonzalo, ¿de qué muerte, amor mio! Entrégate a tu padre, aun es tiempo i deja que se cumpla mi suerte.

—No, déjame morir a tu lado, confúndanse en uno nuestros últimos suspiros, amémonos hasta el último momento.

Una resolucion suprema, una idea terrible se presentó a la mente de Gonzalo. Arrojarle con Zaida al precipicio... Así la libraba de una agonía larga i angustiosa.

—Dios no ha querido que seamos felices en la tierra, pobre anjel mio, estréchame en tus brazos i muramos juntos. ¿Ves el abismo que se estiende a nuestras plantas? pues guarda para nosotros el reposo i la paz; ¡precipitémonos en él!

Zaida lo estrechó con delirio, uniéronse sus labios en un beso postrero, i así abrazados se precipitaron del alto peñon "por aquella parte que los miraba su ceñudo padre." (1)

—Juntos hasta en la muerte! fué la última palabra de la virjen granadina.....

Un alarido de dolor, lanzado por todos los presentes, asordó los aires. Los moros se precipitaron sobre los cadáveres, pero ántes que nadie llegó allí el mísero Zelim, que los abrazaba estrechamente contra su seno, llamándolos a gritos, hijos míos, hijos míos!

El infeliz estaba delirante.

El lugar de este trájico suceso es conocido desde entónces con el nombre de *Peña de los enamorados*. El triste fin de Zaida i de Gonzalo, lo inmortalizó, uniendo a él la triste leyenda de sus infortunios.

Las jentes de las cercanías conservan todavía la memoria de estas víctimas del amor, cuyo sacrificio se cuenta al pasajero que recorre la comarca.

De los otros personajes que han figurado en esta sencilla narracion, poco queda que decir. La fiel Zora vivió largos años libre, merced a la jenerosidad de su ama, aunque no halló en la libertad la dicha que se habia soñado.

Ali, pereció víctima de los furores de Zelim, quien solo recobraba por instantes la razon para reprochase su crueldad i dureza. Dos años arrastró el morabita su existencia miserable, hasta que al fin espiró, legando al morir sus cuantiosos bienes a la mezquita que habia fundado, con el objeto de que se mantuvieran en ella ochocientas palomas, aves que los fanáticos musulmanes tienen por sagradas, en memoria de aquella que habló al oído de su engañoso Profeta.

ENRIQUE DEL SOLAR.

ALGO SOBRE ESPIRITISMO.

(Continuacion.)

VII.

El espiritismo no es de ayer; los estraños fenómenos que lo acompañan no son tampoco de fecha mui reciente.

¡I sin embargo, parece increíble que a última hora haya quienes nieguen su existencia! Parece increíble que personas ilustradas que, en otro órden de cosas, siguen el movimiento de la época, hayan quedado a retaguardia en una materia tan importante.

Verdad es que, entre nosotros, estos fenómenos sobrenaturales no se han desarrollado por completo; verdad es que la propaganda espiritista no se habia apresurado, como la Internacional, a mandar sus agentes a este último rincón del mundo. ¡Pero, esto no esplica sino hasta cierto punto i hasta cierta época nuestra ignorancia!

De hoy en adelante, los misteriosos aparatos de que se rodea el espiritismo deben desaparecer. La nebulosa atmósfera que parece velar sus arcanos habrá de disiparse. Que venga la luz precursora de la verdad. Por lo tanto, abordemos la cuestion con toda franqueza.

(1) Mariana.